

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



Al presente número acompaña el número 13 de LA MODA.

1872. — Tomo XL.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE y MÉLAN.

Administración general y Redacción : Passage Saunier, número 4, en París.

AÑO 31. — N° 1,016.

## SUMARIO.

El mariscal Vaillant; grabado. — Pericia geográfica de Miguel de Cervantes. — La insurrección carlista: El combate de Oñate; grabado. — Exequias del mariscal Vaillant en la iglesia de Santa Clotilde; grabado. — Revista de París. — El vapor y la industria. — El conde de Aranda. — Exposición de 1872: grabados. — Estudios históricos: La vida y hechos de Atila. — « Una madre; » grabado. — Cuadros de la naturaleza: « El Cervo muerto, » grabado. — ¿Qué hará de ello? novela escrita por sir Edward Lytton Bulwer. — Don Eugenio de Ochoa; grabado.

EL

## Mariscal Vaillant.

El mariscal Vaillant ha fallecido el día 4 de junio á las dos de la tarde. Hacia algun tiempo que estaba enfermo; pero tan solo últimamente recurrió á sus dos amigos los doctores Larrey y Bouillaud, que le recomendaron no cambiase nada á su acostumbrada vida de ejercicio y movimiento; pero sus fuerzas vendieron su voluntad y tuvo que hacer cama; tres dias despues, él mismo pidió los sacramentos. Hé aquí al-



EL MARISCAL VAILLANT.

gunos detalles biográficos :

Juan Bautista Filiberto Vaillant, nació en Dijon el 5 de diciembre de 1790. Admitido en la Escuela politécnica, salió ingeniero y pasó á la escuela de Metz, saliendo subteniente en 1809 y tomando una parte activa en las últimas campañas del imperio, primero como teniente en el batallón mandado á Dantzic y luego como capitán en el gran ejército.

En la campaña de Rusia dió pruebas de valor y energía, siendo citado en la orden del día y nombrado caballero de la Legion de Honor. Hecho prisionero algunos dias despues, solo entró en Francia con la paz. En 1815 contribuyó á los trabajos de defensa de París y se distinguió en Ligny y Waterloo.

Capitán de primera clase en 1816, publicó una obra traducida del inglés : *Ensayo sobre los principios y la construcción de los puentes militares*. Era entonces jefe de batallón de la expedición de Argelia y él dirigió las operaciones del sitio del fuerte del Emperador, cuya explosión determinó al dey á capitular. Herido aquel dia y con la pierna fracturada, volvió á Francia, siendo nombrado teniente coronel (1830). Tres años despues asistió al sitio de Amberes y fué nombrado coronel.

En 1834, M. Vaillant volvió á Argelia para dirigir las fortificaciones en calidad de comandante

de ingenieros. Cubrió el país de *blokhous* y tomó parte en los múltiples combates de aquella época. Mariscal de campo en 1838, mandó la Escuela política, y en 1840 dirigió en la orilla derecha los trabajos de las fortificaciones de París.

El general Vaillant mandaba como segundo el sitio de Roma, y después de haber reparado muchas faltas cometidas, aseguró la toma de la villa; y sabido es la solicitud que desplegó para preservar de la ruina los monumentos de la ciudad eterna. El decreto que el 11 de diciembre de 1831 le nombró mariscal de Francia, declaraba que, colocado en segundo rango, había desempeñado la dirección efectiva de la campaña. Senador de derecho, fué ministro de la guerra desde 1854 á 1859, que dejó con motivo de la Guerra de Italia.

Este es el hombre que acaba de morir. El mariscal ha legado grandes sumas á Dijon, su ciudad natal, para la fundación de establecimientos de que habrá detalles en su testamento.

Sus exequias tuvieron efecto con gran pompa el 8, en la iglesia de Santa Clotilde.

La comitiva, compuesta de un gran número de notabilidades de toda clase, se puso en marcha de la casa mortuoria situada en la calle de Varennes, y en aquel instante se hizo una salva de veinte y un cañonazos.

Toda una división formaba en el trayecto.

Hé aquí la composición de la comitiva:

Un escuadrón de guardias de París á caballo.

El general Ladmirault, gobernador de París, á la cabeza de la plana mayor y escoltado por los coraceros.

La música del 76° de línea.

Un batallón del mismo regimiento.

El carro fúnebre, cuyas cintas llevaban el mariscal Mac-Mahon, el general Douay, el almirante Rigault de Genouilly y M. de Quatrefages, representante de la Academia de ciencias.

Dos maestros de ceremonias llevaban en almohadones de terciopelo las insignias del difunto.

Por último, en la comitiva se veían muchos generales y oficiales superiores, diputaciones de los diferentes cuerpos del ejército de París, del Instituto, de la Escuela de Bellas Artes y de la Comedia Francesa.

Cerraba la marcha un escuadrón de coraceros.

El oficio duró cerca de dos horas.

La muerte del mariscal Vaillant ha dado lugar á que se haya agitado de nuevo la cuestión de suprimir el elevado grado á que el difunto había ascendido.

Esta cuestión según nuestras noticias, si bien agitada ahora de nuevo por la prensa, parece que se halla ya resuelta en principio, por el gobierno. La resolución consiste, no en suprimir la mariscalía, sino en no nombrar nuevos mariscales. Fúndase este acuerdo en que se considera esta alta dignidad militar como incompatible con las instituciones republicanas.

R. S.

## Pericia geográfica

DE MIGUEL DE CERVANTES,

demostrada con la historia

DE

DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

(Continuación.—Véase el N.º 1,015).

Ningun geógrafo aventajó á Cervantes en describir con ligereza y maestría. Sus pinceladas gráficas tiene un don celestial, y hacen el efecto admirable que las de Goya en sus cuadros. De Florencia dice que es «ciudad rica y famosa de Italia, en la provincia que nombran Toscana.» Llama á Nápoles «la más rica y más viciosa ciudad» del universo mundo, al referir que don Vicente de la Roca prometió llevar á ella á su engañada amante. En tres pasajes distintos encomia la excelencia de Córdoba de ser «madre de los mejores caballos del mundo;» ya ponderando que ni las hermosas yeguas de su dehesa hicieran alborotarse al flaco Rocinante; ya suponiendo que Dulcinea podía dar reglas de equitación al mas diestro cordobés.

Peró el cuadro mas breve y expresivo, el mas cabal y elegante que caracteriza el talento privilegiado de nuestro autor, es el que representa á la capital de Cataluña de este modo encantador: «Barcelona, archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos, y correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio y en belleza única.» ¡Oh retrato singular y único en su especie! Toda la historia barcelonesa fuera preciso escudriñar para explicarlo, como la tuvo presente el pintor que copió el original con tan vivos y propios colores, que á ninguno otro corresponden, que solo á sí mismo se parece.

Apenas habia cosa notable y digna de llamar la atención, que no se aproveche coyuntura para enlazarla con la serie de la fábula. El tímido Sancho, observando la rara aventura de Clavileño, recela no ande por allí alguna region de diablos, que dé con él y con su amo en Peralvillo. Alude á las severas ejecuciones que la hermandad de Ciudad-Real hacia en la aldea de este nombre, término de Miguelturra, pues allí acostumbraba asaetear á los malhechores (1). No era fácil imaginar un temor mas fundado y al alcance de un rústico manchego, ni una ocasion mas oportuna de recordar aquel tribunal extraordinario á los que hubiesen participado de su terrible nombradía.

Unas veces por boca del caballero del Bosque, y otras como si fueran capítulos del Ovidio español que escribia el estudiante primo de Basilio, menciona algunas de las curiosidades y grandezas de nuestro país, que han hecho ruido en las conversaciones y en los libros. Una es la «giganta de Sevilla llamada la Giralda,» estatua de bronce de catorce piés de altura y veinte y ocho quintales de peso, que en representación de la Fe está colocada sobre la magnífica torre de la catedral; torre que tambien usurpa el nombre á la virtud estatua. Otra es «las valientes piedras de los toros de Guisando,» cuyas inscripciones han dado tanto que pensar á los anticuarios, mientras han creído romano lo que plugo escribir á algun monge gerónimo á fines del siglo XIV, fuese por ignorancia ó por engaño. Y otra «la sima de Cabra,» famosa cueva ó boca de mina que llaman de Jarcas, donde el encrudecido duque de Sesá propuso enterrar á los moriscos, cuando era cuestión de gabinete que se haría de ellos, y se fluctuaba entre los pareceres de los que sostenían que «cuanto mas moros mas ganancia,» y de los que opinaban que «de los enemigos los menos.»

En todas las situaciones ostenta Cervantes su pericia; y ora cite lugares por referencia, ora describa marchas, ora finja novelas, siempre está exacto y oportuno. Si en la aventura del cuerpo muerto no quiso copiar en parte la traslación del cadáver de san Juan de la Cruz, verificada pocos años antes, nadie le podrá negar que supuso un hecho muy verosímil; porque el cortejo lúgubre pasaba «de Baeza á Segovia» por el camino real ordinario de Andalucía á Castilla.

El itinerario que el cura traza á Dorotea, para regresar á su ideado reino, no puede ser mas propio, en la suposición de que pertenecía á los países del Oriente. «Tomará vuesa merced,» le dice, «la derrota de Cartagena, donde se podrá embarcar con la buena ventura, y si hay viento próspero; mar tranquilo y sin borrasca, en poco menos de nueve años (plazo hiperbólico, siguiendo el plan del enredo) se podrá estar á vista de la gran laguna Meotides» (el seno mas lejano del Mediterráneo, que hoy se conoce por el mar de Azof). Aquí debe notarse la propiedad náutica con que habla Cervantes, y traerse á colación otra frase de la duquesa, que elogiando el pulso y mesura del caballero andante, decía que iba siempre «con la sonda en la mano,» como buen piloto.

No extraña tanto la exactitud y minuciosidades que sobresalen en la historia del cautivo, porque cuenta en ella el escritor gran parte de su propia historia. Oriundo el protagonista de «un lugar de las montañas de Leon,» tiene dos hermanos que abrazan distintas carreras. El que tira por la iglesia va «á estudiar á Salamanca;» el comerciante «toma el viaje de Sevilla para las Indias;» y el cautivo, aficionado á las armas, se dirige «á Alicante.» Es tan natural esta relacion, que se le puede aplicar sin violencia el proverbio italiano: *si non e vero, e ben trovato*; si no es cierta, está bien inventada. Sigamos las huellas del pasajero alicantino, y tendremos mas que admirar.

Sabe en aquel puerto que hay «una nave genovesa que cargaba lana; se embarca en ella; llega á Génova;» de allí pasa á Milan; quiere ir á sentar su plaza al Piamonte, y estando ya de camino «para Alexandria de la Palla,» encuentra otra porción mas de su gusto y se marcha á Flandes. Tiene después noticia de la liga contra turcos, que se habían apoderado de «la famosa isla de Chipre;» vienesa á Italia; pasa á Nápoles y Mecina; se halla en la batalla de Navarino y Lepanto, de donde le llevan cautivo á Constantinopla. Mientras esto refiere habla de «Modon, que es una isla junto á Navarino (2); de Tunez; de la Goleta,

(1) Las hermandades santa, real y vieja de Ciudad-Real, Toledo y Talavera, así fueron temidas por sus justicias secas, como por las tropelías á que daba lugar su modo de proceder y sus privilegios excesivos. La de Ciudad-Real tenia el cadalso en Peralvillo; la de Toledo asaetaba y ponía á sus reos en el puerto de Marchez, cerca de San Pablo de los Montes, donde habia un arca para depositar los restos mortales de los ajusticiados. Entre los procesos de este tribunal selvático, es notable la causa y suplicio del saltador de caminos Pedro Ponce de Leon, año de 1686.

(2) Fatalidad es que los pocos y leves reparos puestos por Clemencin á la parte geográfica del *Quijote* sean tan sin motivo ni apoyo. Si en las demás materias ha procedido el comentador con igual ligereza, no le envidiamos la gloria, ni le arrendariamos la ganancia si Cervantes alzara la cabeza, ú otro buen ingenio la levantase por él. Al ver Clemencin que nuestro intachable autor llama isla á Modon, se lamenta de tan extraño yerro, y no sabiendo cómo disculparlo en quien mostró tanto conocimiento de las costas mediterráneas, quiere achacarlo (frecuente recurso para salir de atolladeros) á errata de la imprenta.

«tenida hasta entonces por inexpugnable; de Tabarca, «que es un portezuelo de los genoveses en Africa; y de otras particularidades.

Viene de Constantinopla á Argel, contento de estar mas cerca de España, y hablándonos de esta ciudad, da noticia circunstanciada de los baños de los cautivos, de la marina, del enviado secretamente á Valencia para que armase una barca con achaque de hacerse mercader en Tetuan, ó en el lugar de Sargel (re poblado por los moriscos expulsados de España), donde habia mucha «contratación de higos pasos;» y de que á los moros de Aragon los llaman en Berberia *tagarinos*, y á los de Granada *mudejares* en Berberia y *elches* en el reino de Fez. Escápase del cautiverio con otros compañeros, comienzan á navegar «la vuelta de las islas de Mallorca, que es la tierra de cristianos mas cerca,» y obligados por «el viento tramontana y la mar algo picada, «á dejarse ir «tierra á tierra la vuelta de Oran, tocan en «una cala, al lado de un pequeño promontorio,» que los moros llaman «cabo de la Cava-rumia, que en nuestra lengua quiere decir la mala mujer cristiana,» y del que aun queda memoria en el golfo de la mala mujer, entre los cabos Albatel y Caxines.

Encuentran á un navio francés que los roba, y que sin tocar «en puerto alguno de España» se dirige «al estrecho de Gibraltar,» para restituírse «á la Rochela,» de donde procedía; pero no es tan cruel el pirata que no deje á los robados el esquife, con el cual arriban á tierra de Velez Málaga, y vuelven á pisar su patria. Relacion tan circunstanciada y conforme ó se hizo con el diario del viaje en la mano, ó se fingió con pleno conocimiento de los países descritos, de los sucesos contemporáneos, del arte de marear y de todos los ramos auxiliares de la geografía. No todos los que viajan saben dar noticia tan cabal y exacta de lo que han recorrido; y el hacerlo prueba conocimientos anteriores, sin los cuales se ve turbio y se narra peor. Por no ser tan peritos como Cervantes en estas materias, resbalaron escritores muy notables. Justino llevó al Océano la desembocadura del Ródano; y el gran Virgilio confundió á Farsalia con Felipos y á Emacia con los campos Hemios.

Igual convencimiento sacaremos analizando el relato que el morisco Ricote hace á su convecino Sancho Panza de las vicisitudes que habia corrido, y de sus posteriores planes. Echado de España por la medida general de expulsión, se fué á Francia, donde tuvo buen acogimiento. Pasó después á Italia, y no satisfecho de su posición, se llegó á Alemania, en donde le pareció poder vivir con amplitud, pues los alemanes no se paran en delicadezas, y tienen «libertad de conciencia.» Dejó pues tomada casa «en un pueblo junto á Augusta» ó Augsburgo en Baviera. Veníase de incógnito á sacar el tesoro que dejó escondido en la Mancha, y luego de recogerlo, pensaba escribir desde Valencia á su familia, que estaba en Argel, para que se trasladase á un puerto de Francia, en el cual se reunirían é irían á su casa de Alemania. Ya se atiende á la propiedad geográfica, ya al enlace de los hechos con los sucesos de aquel tiempo, ya á las ventajas y hospitalidad que los expulsos hallaron en los tres países que cita, no cabe una narración mas puntual, á pesar de que habla de algunos Estados que no habia visto sino con el ojo de la geografía.

Pensar que tenga el menor descuido, aun en las pequeñas menudas, es excusado. El lugar de *Tirteafuera* le pone exactamente «á la derecha mano como vamos de Caracuel á Almodovar del Campo.» La vecindad de *Miguelturra* á Ciudad-Real, y de *Velez Málaga* á la costa, no pueden estar mas terminantes. Igual exactitud hay en poner á Sargel veinte leguas al occidente de Argel, la puerta de Babazon de esta última ciudad junto á la marina, y la cuesta Zulema á poca distancia de Alcalá. Ni es menor su acierto al suponer las naturales salidas del centro de Sierra Morena al Viso y á Almodovar.

En nueve capítulos, desde el XXIII al XXXI de la primera parte, nos refiere los sucesos acaecidos en Sierra Morena, y en tan larga y varia exposición ni una sola palabra se le escapa que desdiga de la naturaleza del terreno, habiendo tantas aplicadas á describirlo. El sitio era en el centro de la sierra: ¿qué modo mejor de decirlo que con las significativas palabras de *entrañas* y *corazon* de ella? Era un paraje desierto: por eso lo llama «parte escondida,» de la que es difícil «acertar á salir,» y donde para no perderse es necesario «dejar mojones» ó señales que sirvan de rastro. Era un despoblado, pues bien lo califican las frases de «lugar inhabitable, remoto y apartado del trato comun; soledades pocas ó ningunas veces pisadas» del hombre. Se trataba de una de las sierras ó cordilleras mas agrias: ¿hay cosa mas propia que figurar aquí una alta montaña; allí otras muchas que la circundan; acá malos pasos; allá un lugar escabroso; por este lado peñas y riscos; por el otro un peñon tajado; y por todas partes malezas y asperezas, que no

Antes de hacer este cargo debió enterarse mucho de los planos topográficos de Modon, de los viajeros y geógrafos mas puntuales, y hubiera hallado que Cervantes dijo la verdad, como que la sabia de ciencia de ojos. La plaza de Modon está cercada del mar por todas partes, y solo la enlaza con tierra firme un puente de madera, como la isla gaditana está unida á la península por el puente Suazo. Criticar á Cervantes, y en geografía, y en falso, es para nosotros un pecado imperdonable.

conceden andar « tanto á los de á caballo como á los de á pié? » En tan intrincados bosques, llenos de vestigios alcornocos y abundantes de retamas, solo podian sustentarse cabras, lobos y otras fieras; y aunque no deja de haber sitios apacibles, con frescos pradillos y claros arroyos, donde á mas de los árboles silvestres, hay flores y otras plantas, es inexcusable sin embargo andar « de risco en risco y de mata en mata. »

La descripcion topográfica de la cueva de Montesinos está redactada con tal inteligencia, que aun siendo fingida, pareciera cierta á los que, desconociendo las localidades, fuesen peritos en los principios generales de la ciencia. Hé aqui los caracteres de esta caverna, una de las muchas grutas notables de nuestro pais. Situación geográfica: « está en el corazon de la Mancha; » y en efecto, tiene casi equidistantes los extremos de ella, Uclés al Norte, Tarazona al Este, Montiel al Sur, y Fuentefresno al Oeste. Boca: « es espaciosa y ancha, » pero obstruida por el no uso y abandono. Producciones vegetales: « llena de cambroneras y cabrahigos, de zarzas y malezas espesas é intrincadas; » plantas propias de semejantes lugares. Zoología: « salieron por ella infinidad de grandisimos cuervos y grajos, » y entre ellos murciélagos; animales que buscan la lóbreguez y lo escondido de las breñas para su habitacion, y que al ruido de los que por allí se abren paso, suelen abandonar su albergue. Circunstancias de lo interior: « á los doce ó catorce estados á la derecha hace una concavidad; » por ella se metió don Quijote, y afixado con la mala respiracion, cae en un sueño profundo, en el que se imagina las estupendas visiones que despues cuenta. A quien no contente el relato de nuestro autor, que ose corregirle.

Como el origen, hundimiento y reaparicion del rio Guadiana habia sido asunto de controversias entre los geógrafos, y como este paso subterráneo y puente natural se habia hecho objeto de vanidad española y de vulgares anécdotas (1), don Quijote entra en la cueva de Montesinos con el designio de inquerir « el nacimiento y verdadero manantial de las lagunas de Ruidera; » y el estudiante, que le acompaña, da por bien empleadísima la jornada, por haber granjeado el saber « con certidumbre el nacimiento del rio Guadiana, sus mutaciones, y de las lagunas de Ruidera. »

Bajo la parábola caballeresca del escudero, la dueña, sus hijas y sobrinas, nos da noticias del rio y de las lagunas. Cuenta siete de estas, pertenecientes á « los reyes de España, y dos á los caballeros de la orden de San Juan; » pues aunque se han llegado á numerar hasta quince en tiempos posteriores, suelen quedar secas algunas en la estacion del calor, y es probable que en los veranos áridos á que Cervantes se refiere solo hubiese nueve con agua. Asi lo persuade la noticia circunstanciada que en diferentes pasajes da de este terreno, y del alterado curso del rio, descrito es esta erudita metáfora: el escudero « convertido en rio, cuando llegó á la superficie de la tierra se sumergió » de pesar por dejar á su amo; mas habiendo de acudir « á su natural corriente, de cuando en cuando sale y se muestra: le van administrando de sus aguas las referidas lagunas, con las cuales y otras muchas que se llegan, entra copioso y grande en Portugal, si bien por donde quiera que va muestra su melancolia, y no se precia de criar peces regalados y de estima, sino burdos y desabridos. » En tan breve cuadro tenemos el número y pertenencia de las lagunas, el origen y surtimiento del rio, su filtracion y vicisitudes, su caudal respetable, su curso al vecino reino, la falta de amenidad en sus riberas, y la ordinariéz de su pesca. ¿ Dicen mas, ni aun tanto, muchos escritores de geografia? ¿ No se necesitan mas palabras para decir lo que contiene, que para copiar su contenido?

Rasgos característicos de varios pueblos, y acertadas indicaciones de su civilidad ó rudeza, de sus calidades y costumbres, los hay en abundancia y bellamente delineados. Para dar á conocer los habitantes del partido de Sayago (que es un territorio de sesenta pueblos en la provincia de Zamora, entre esta capital y Ciudad-Rodrigo) como gente tosca y zafia, supone que Dulcinea encantada se ha convertido « en una villana de Sayago. » Lo inculto del lenguaje de aquellos naturales lo contraponen á la pulida locucion de Toledo, diciendo, « que no hay para qué obligar al sayagües á que hable como el toledano: » y para explicar que la causa del buen estilo no está en la naturaleza, sino en la educacion, advierte « que no pueden hablar tan bien los que se crian en las Tenerias y en Zocodover, como los que se pasean casi todo el dia por el claustro de la iglesia mayor, y todos son toledanos; » y añade que el lenguaje puro, propio, elegante y claro está en los cortesanos discretos, « aunque hayan nacido en Majalaonda, » es decir, en la mas pobre aldea.

(1) Tanto admiraba el fenómeno del hundimiento del Guadiana, que no hay libro antiguo de maravillas que no hable de él con encarecimiento. El alemán Samuel Grosser, en su *Geographia quadripartita*, dijo con cierto énfasis: *Gloriatur hispani de ponte in quo magno ovium gregi pabulum quotannis gignitur, et intelligunt meatum subterraneum Anefluvi.* Y nuestro embajador Rui Gonzalez Clavijo contaba orgulloso en la corte del Tamerlan, año 1403, que su rey Enrique III tenia « un puente de 40 millas en largo, sobre el cual pacian 200,000 cabezas de ganado. »

Explicando en la cancion de Altisidora el carácter cruel y duro del amante, pregunta si se ha criado « en la Libia ó en las montañas de Jaca; » haciendo á los del alto Aragon con los africanos tipos de la brusquez y del temple bravío. La habilidad proverbial de los vizcainos como pendolistas y caligrafos, nos la recuerda en el elogio que hace el gobernador Sancho de su secretario, asegurando « que bien puede ser secretario del mismo emperador. » El carácter de los habitantes de la Mancha lo define así: « la gente manchega es tan colérica como honrada, y no consiente cosquillas de nadie. » Acaso aluda en esto á la propia experiencia de las camorras ocurridas en la Argamasilla.

¿ Y habia de olvidar el verso humilde que constituye la poesia española vulgar, y la recreacion ordinaria de los castellanos? Oigámosle cómo explica, en la ideal Candaya, los admirables efectos de nuestras *seguidillas*, de este modo inimitable: « allí era el brincar de las almas, el retozar de la risa, el desasosiego de los cuerpos, y finalmente, el azogue de todos los sentidos. » Leyendo estas imágenes sublimes nos parece estar gozando de la vision intuitiva de nuestro baile nacional: el meneo incesante de cabeza, brazos y piernas; las lúbricas contorsiones de la cintura; los brinco, trezados y vueltas; el acercarse y desviarse, ya de frente, ya al soslayo; la animacion de los semblantes; el centelleo de las miradas; la palpitacion de los corazones; y el ser, todo viviente, de los bailarines; el repiqueteo de las castañuelas; los arrastres y redobles de la pandereta; de las metálicas sonajas los penetrantes sobreagudos; la armonia eléctrica del guitarrillo; la sandunga de las cadencias de la voz; el chiste de los cantares, picante y sentencioso; y los ¡jalza! ¡jalza! de los espectadores; todo, todo nos lo pone de manifiesto el sobrehumano descriptor.

La aventura de los molinos de viento, una de las primeras en la historia quijotesca, nos recomienda el buen juicio de Cervantes, bajo dos aspectos puramente geográficos; por la comarca en que habla de los artefactos, y por la época en que lo hace. La Mancha es escasa de manantiales y de rios perennes, de lo mas árido y seco de la peninsula: nada mas en el orden que poner molinos de viento donde los de agua se hallaban á tan largas distancias, que desde el Pedernoso, el Quintanar, la Mota y el Toboso iban á hacer harina nueve y diez leguas, hasta las aceñas del Jucar y del Tajo. Al tiempo en que Cervantes escribia precedieron sequias tan continuadas en la Mancha, que el Zancara no corrió cuarenta años seguidos; y este debió ser el motivo y esta la época del establecimiento de los molinos de aspas, pues en 1570 solo los habia en el Pedernoso, que no bastaban para el pueblo, y en 1604 ya nos habla, como de cosa reciente y notable, de los « treinta ó cuarenta molinos » que habia en el campo de Montiel.

(Se concluirá.)

## La insurreccion carlista.

### EL COMBATE DE OÑATE.

Hemos dado á conocer el convenio firmado por el general Serrano con los carlistas, á cuya consecuencia muchas partidas han rendido las armas; pero como quiera que el indulto en cuestion ha sido desaprobado por muchos, el general Serrano ha expuesto en las Cortes las razones que ha tenido para firmarle, dignas de ser leídas. Su extension nos impide reproducir el discurso íntegro, y nos limitamos á los principales párrafos.

Hé aqui su contenido:

« El gobierno de S. M. tuvo por conveniente designarme para este puesto, dándome los pocos medios que pudo sin que reclamara ningunos mas. Llegué á Navarra, y sin detenerme un momento, de acuerdo con el bravo general Moriones, se emprendieron las operaciones. La activa persecucion que Primo de Rivera hizo sobre la faccion de Rada, y la que hizo Moriones sobre la de Carasa, dió por resultado el brillante hecho de armas de Oroquieta. Las facciones navarras se dispersaron con este glorioso hecho de armas, y yo recomiendo á la consideracion pública al general Moriones.

Inmediatamente que pude, reuní sobre las provincias Vascongadas nuevas fuerzas que el gobierno habia tenido á bien enviarme, y ejecuté un movimiento sobre Vizcaya. Al llegar á Elorrio el primer dia y dar un descanso á las tropas, me alojé por un momento en la casa del señor Urquizu, diputado foral que habia sido en Vizcaya cinco meses, y conociendo sus opiniones carlistas, le llamé aparte y le dije:

— Señor Urquizu, Vd. no puede ver con gusto la desolacion de estos campos; Vd. no puede mirar con indiferencia que se destruya la prosperidad de este hermoso pais; y Vd. conoce tambien que es absolutamente imposible el predominio del carlismo: pues bien, yo ofrezco la paz á los vizcainos. Su hermano de usted es el diputado general que se ha sublevado:

¿ quiere Vd. hacerle entender que vengo en son de paz y que deseo que nos entendamos para devolver su tranquila felicidad á estos pueblos, para no destruirlos? Si fuera posible siquiera que Vds. triunfaran despues de grandes desastres, comprenderia su empeño; pero siendo esto, como es, imposible, sostendremos la guerra civil, durará mas ó menos tiempo, ustedes serán vencidos, y el pais será devastado.

El señor Urquizu me contestó:

— Antes de acometer la empresa, he sido llamado por Don Carlos, diciéndome que de lo que se trataba era de un paseo militar. Al rogarle que me dijera los medios con que contaba, me los ha manifestado, y yo no he tenido inconveniente en decirle que la mayor parte de esos medios no se realizarian; que yo, que era partidario de la causa carlista, no lo era hasta el punto de querer para mi pais la guerra civil; y que me oponia á la empresa, y de ninguna manera tomara parte en ella, porque era descabellada. De regreso á mi casa, hablé con mi hermano, el cual me manifestó que tenia tal compromiso, que no faltaria á él aunque él solo se levantara; pero puesto que conozco la seriedad y verdad de los razonamientos que usted me hace, yo hablaré con mi hermano y procuraré disuadirle.

Seguí las operaciones, y de la misma manera que en la primera combinacion deshicimos las facciones navarras, en la segunda, cuando el batallon de Mendigorria tuvo ocasion de lucir su brillante valor en Oñate, rindieron las armas y las depusieron la mayor parte de las facciones guipuzcoanas. Me detuve dos dias, porque apenas bastaba el tiempo para recoger las armas y extender pases de presentados, emprendiendo en seguida el tercer movimiento que hemos ejecutado sobre las facciones vizcainas. Al marchar sobre Mondragon, se me presentó el señor Urquizu, y me dijo:

— He enviado á decir á mi hermano lo que Vd. me manifestó (yo ya casi no me acordaba, lo digo ingenuamente), y me contesta que está en la sierra de Gorbea; ahora mismo voy allá: tengo mucho que andar, y está diluviando. ¿ Dónde le encontraré á usted mañana?

— En Durango, le contesté.

Y nos separamos inmediatamente.

Este señor marchó, vió la Junta, se entendió con ella, y volviendo al pueblo que le habia designado, me dijo:

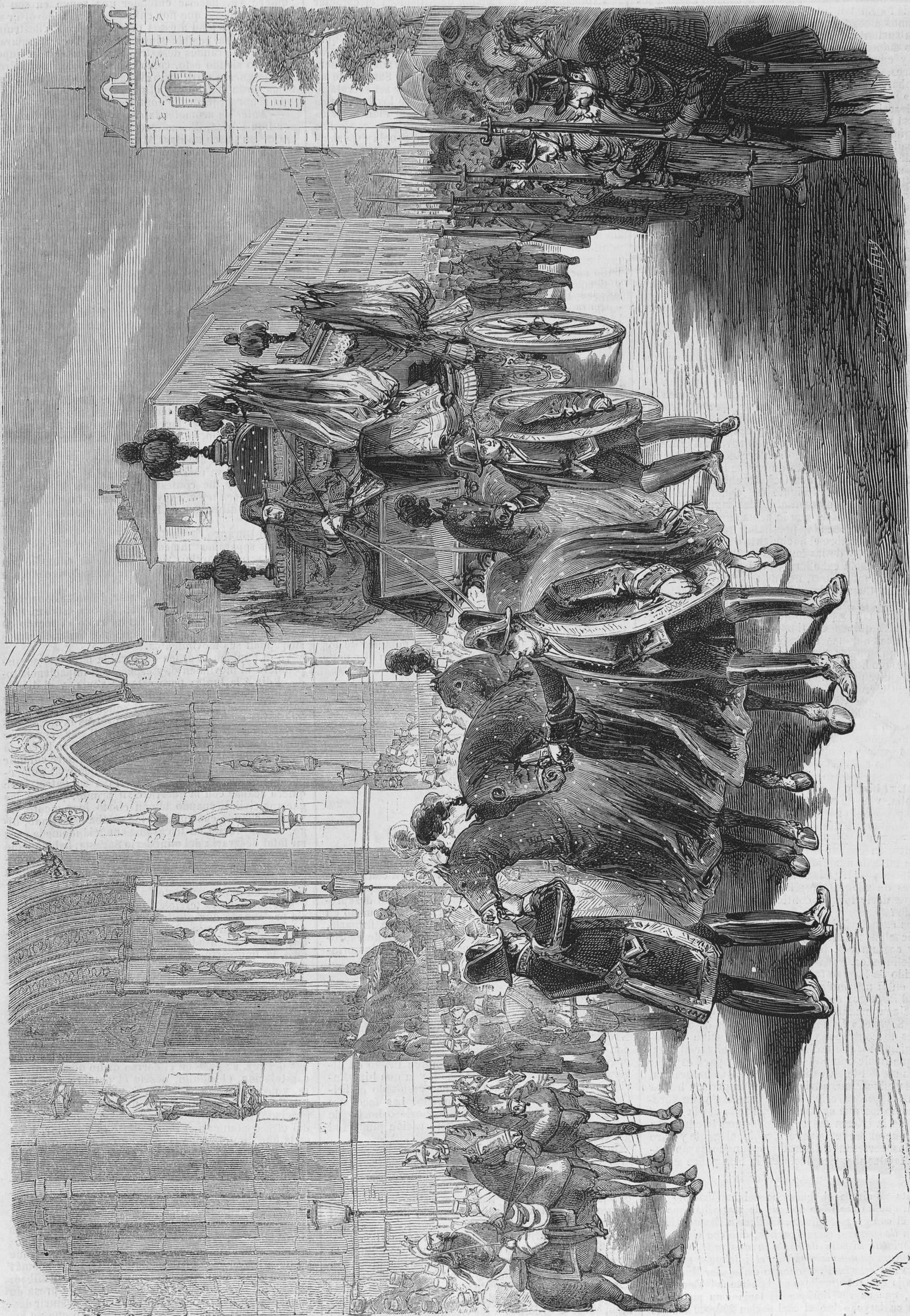
— Mañana vendrá aquí la Junta á hablar con usted. Vi que las tropas de la division Letona estaban muy próximas á los vizcainos, y les he dado el recado de usted, para que en caso de que nos entenderamos suspendan sus movimientos.

Yo di tambien la orden en seguida para que se suspendiera el movimiento, y esperé con impaciencia todo el dia á la Junta; pero esta no venia, y el dia siguiente, con ánimo resuelto y sin vacilar, marché sobre Zornoza, donde llegó el señor Urquizu á decir que habia estado muy cerca de nosotros la noche anterior; que no se habia atrevido á llegar, pero que vendria al dia siguiente. Los estaba esperando con la impaciencia natural de un soldado que quiere cumplir con su deber, que quiere servir lealmente al gobierno, que quiere prestar un servicio á su patria, que quiere acabar con la guerra civil pronto, porque las guerras civiles, cuando toman cierto incremento, no se sabe cuándo concluirán: los estaba esperando, digo, cuando recibí un telégrama anunciándome la para mí fatal desgracia del ministerio Sagasta, hablándome de un expediente y diciéndome que S. M. el rey ordenaba que me acercase á la estacion mas inmediata para ponerse al habla conmigo acerca de la formacion de un nuevo gabinete.

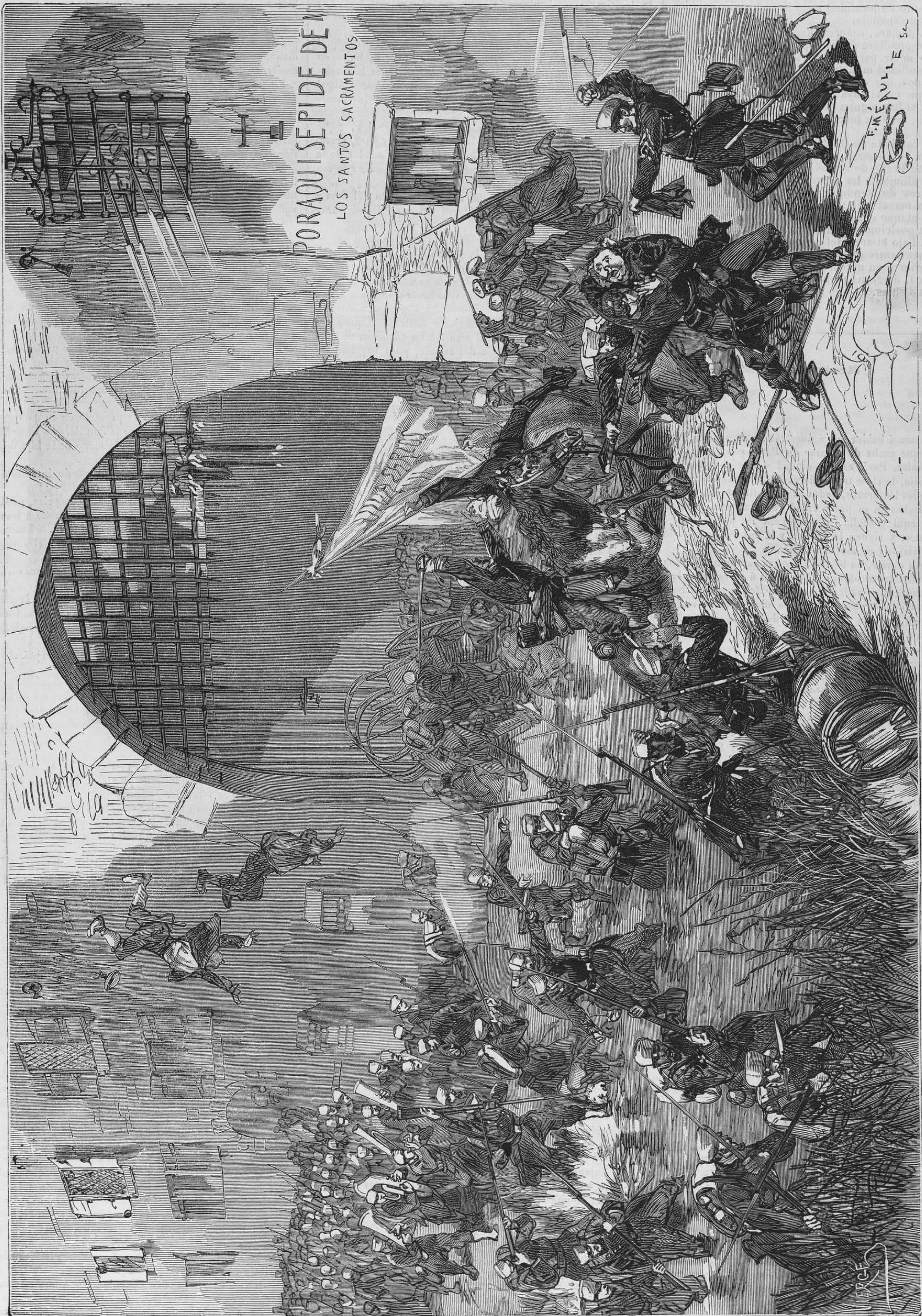
Mi situacion era terrible: por un lado la impaciencia prolongada durante tres dias que llevaba esperando para entendernos sobre las bases de indulto, porque no se ha pensado nunca mas que en esto; y por otro, la imprevisible obligacion de cumplir estas órdenes de S. M.

Se presentaron, por último, esos señores; redactamos el documento, al cual debo decir que le falta claridad, por lo que creo que necesita explicacion; así como creo tambien que la alarma que ha producido ha sido fundada hasta cierto punto por esa misma falta de claridad. Hay que tener además en cuenta que el dia 24, cuando fui á Bilbao á cumplir las órdenes del rey, se puso en el correo dicho documento, la capitulacion, el indulto, deseé el nombre que quiera, y no ha llegado hasta hoy á manos del presidente interino del Consejo; esta es una circunstancia desgraciada, de la cual yo no soy responsable. Se extendió otra comunicacion repitiéndose la anterior, y esa es la que dijo el señor presidente del Consejo que tenia en el bolsillo; pero la que se puso el dia 24 no la ha recibido hasta hoy su señoría.

Yo, señores, debo decir que no se lo dije á los generales del ejército, que se han conducido de una manera admirable con la patria y con su general; no se lo dije ni aun al auditor del ejército, que era una persona competente en la materia; no se lo dije á las autoridades, ni lo supo la Diputacion foral de Bilbao; mandé copia al gobierno, y tuve la desgracia de que no haya llegado á Madrid hasta hoy. Conocia además la mala impresion que habia de producir en Bilbao, porque los liberales de aquella ciudad eran presa de la excitacion que naturalmente habia de producir despues de lo que allí ha sucedido, excitacion que no extraña tampoco; pero yo no me podia inspirar en sen-



Exequias del mariscal Vaillant en la iglesia de Santa Clotilde el 8 de junio de 1872.



SUCESOS DE ESPAÑA. — El combate de Oñate. — Ataque del convento en el instante en que queda herido el jefe carlista Uribarri.

timiento de localidad cuando se trataba del bien de la nacion española.

Yo declaro, señores, que la idea de que el éxito no correspondiera á mis esperanzas me alarmaba. Pero debo decir para tranquilidad mia, y antes que para tranquilidad de los señores diputados, que el éxito ha correspondido de tal manera, que en Vizcaya no hay un solo faccioso armado; pues si hay alguna pequeña partida será de merodeadores, será de ladrones, no de carlistas. »

El combate de Oñate de que habla el general Serrano en su discurso, y que representa nuestra lámina, fué un hecho de armas brillantísimo.

El dibujante ha figurado el momento en que los cazadores de Mendigorria atacan á las partidas en la plaza mayor del pueblo, donde se habian fortificado.

El ataque era difícil, pues el ejército ocupaba una mala posición y tenia contra sí el brazo del río que pasa bajo el arco del convento. Sin embargo, las tropas rechazaron victoriosamente á los carlistas, muy superiores en número, y su jefe Uribarri recibió una herida, de cuyas resultas ha muerto en Francia estos últimos días. X.

### Revista de Paris.

Vamos á hablar hoy á nuestros lectores de una institucion que acaba de crearse en Paris con fines altamente laudables. Paris es una ciudad donde abunda, quizá en demasia, la clase trabajadora. Mientras hay ocupacion para todos los brazos, todas esas familias viven contentas y satisfechas en su prosperidad relativa; pero falta el trabajo aquí y acullá, y comienzan las necesidades apremiantes, y siguen la escasez y la miseria, causas de muchos vicios y de muchos delitos.

Para obviar, en lo posible, estas vacaciones forzosas tan perjudiciales al obrero y que traen á veces sobre la sociedad tan graves peligros, acaba de fundarse una Sociedad llamada del trabajo, que tuvo dias pasados su primera reunion bajo la presidencia de su fundador M. Paul Schmidt y con asistencia de un numeroso y escogido auditorio.

Siempre que se trata de empresas filantrópicas, es seguro oír la palabra del distinguido orador M. Laboulaye, celoso cual ninguno para intervenir en favor de los pobres.

El acontecimiento de la interesante reunion á que nos referimos, fué, pues, un discurso que pronunció M. Laboulaye, cuyo análisis dará á conocer el objeto de la obra.

M. Laboulaye comienza por decir, con mucha razon, que la Sociedad del trabajo está fundada en una idea muy ingeniosa, porque con efecto, se hace una buena accion cuantas veces se puede dar á un hombre el sentimiento de su propia responsabilidad.

Aquí no hay nada humillante para nadie.

El obrero pide que le ocupen, no pide limosna, vende su trabajo que el amo necesita comprar, los papeles son iguales, no hay proteccion por una parte ni dependencia por otra.

Lo único que se exige es que el obrero que se presenta á pedir trabajo á la Sociedad, pruebe que es hombre honrado.

Si no se mezcla la política en la institucion, seguramente producirá muchos bienes.

En el día, cuando un obrero se encuentra sin trabajo, se ve reducido á buscar recomendaciones de compañeros para entrar en un taller, tiene que correr, perder tiempo. Ahora bien, perteneciendo á la Sociedad del trabajo, no necesita ya recomendaciones de nadie, puede presentarse con su cartilla que dice lo que es y lo que sabe hacer.

El hombre honrado tiene pues, la existencia asegurada.

M. Laboulaye toca en este punto una cuestion importante, la del trabajo, para demostrar que no puede haber antagonismo entre el trabajo y el capital, sino que al contrario, están hechos para entenderse y de su acuerdo resulta la riqueza de las naciones.

Naturalmente, tratando esta cuestion se desliza hasta el terreno político y hace como una profesion dirigida á los electores parisienses que le han nombrado diputado.

Dice que su política se resume en dos palabras: es la política del trabajo. La democracia no tiene nada de misterioso, es el reinado de los que trabajan, es el reinado de los trabajadores.

Y sobre esto ensalza el trabajo que ha tenido cuidado de estudiar en sus largos viajes.

Para M. Laboulaye no hay nobles, ni ricos, ni pobres, ni clases privilegiadas: el mundo se divide, en gentes que trabajan y en holgazanes. No hay para qué añadir que el orador se declara partidario de los primeros, en tanto que á los segundos los desprecia.

Luego nos habla de la mancomunidad de intereses enlazados con el trabajo, y cita el ejemplo de la guerra de América.

Los indiferentes decian que no les importaba nada aquel suceso; y sin embargo, á causa de la guerra, hubo en Europa escasez de algodón, se cerraron muchas fábricas y miles de hombres acostumbrados á ganar un buen jornal pasaron años enteros trabajando de peones en los caminos con un salario miserable.

Si esto sucede en los asuntos internacionales, ¿qué no será cuando se trata del mismo país? Hay pues, armonía constante, y todo el esfuerzo de la sociedad y de la legislacion deben tender á mantenerla, á impedir que sea turbada.

Para esto nada mejor que el buen acuerdo del amo y del obrero, mediante el concurso del capital y del trabajo.

No es tal, añade, la doctrina de la Internacional que ve en todas partes la lucha y la guerra.

Partiendo del principio de que la desunion entre el obrero y el amo es lo natural, pide la union de los obreros contra los amos. No estos, sino los trabajadores deben fijar los salarios.

M. Laboulaye dice que semejante doctrina es puro error, que no es cierto que el amo sea un enemigo, ni tampoco que fije él el precio del salario, pues hay una ley independiente de los dos, que existe eternamente, á saber: Cuantas veces dos obreros corran detrás del mismo amo el salario bajará, y cuantas veces dos amos corran detrás del mismo obrero subirá. Es una ley necesaria que ninguna voluntad humana puede cambiar.

El amo no tiene ningun interés en hacer bajar los salarios: en una porcion de industrias los salarios entran por una mínima parte, el beneficio está en vender mucho, no en quitar céntimos á los brazos productores.

Llegamos á la conclusion de este interesante discurso, aplaudido repetidas veces, y queremos reproducir íntegras sus bellas palabras:

« Comprendamos, dice, que todos somos solidarios unos de otros en el trabajo universal; comprendamos que no podemos hacer daño á nuestro vecino sin hacérselo á nosotros, así como tambien que el bien que hacemos redundará en nuestro provecho.

El oficial tiene cariño al soldado á cuyo lado ha combatido: ¿por qué el amo ha de tener odio al obrero que trabaja en su casa? Y ¿por qué el obrero no acepta la mano que le tiende el amo? Es porque, á mi juicio, el obrero no hace mas que pasar por el taller, es siempre un hombre extraño. Gracias á la Sociedad del trabajo hay probabilidades para que el obrero no varíe de taller á cada instante. Con efecto, si la Sociedad moraliza la entrada de los obreros en los talleres, si se hace de su título de socio un título de honor, si se dice: « Este entró con la recomendacion de nuestra Sociedad, es de los nuestros, puede andar con la frente erguida, es un amigo, » el obrero permanecerá en el taller, su corazon se abrirá, tendrá cariño á su amo. Hay quien se imagina que los hombres están hechos para aborrecerse; no, están hechos para amarse. Frecuentemente lo digo en la Asamblea, aunque mis palabras no tengan mucho eco. Hay quien cree engrandecerse despreciando y detestando á su vecino, cuando lo que sucede es lo contrario: por el amor es grande el hombre.

Amándose unos á otros es como puede resolverse la cuestion social. No hay duda que se necesita mucha inteligencia, y hay que buscar mucho; pero sobre todo es preciso no aborrecer á nadie. La ley moral es la ley social. En tanto que no se comprenda esto, siempre la sociedad estará en guerra; y el día que se comprenda, se verá que el conjunto y las cuestiones que componen lo que se llama la cuestion social puede resolverse fácilmente, y el porvenir pertenecerá á la democracia nueva. Es una idea muy falsa la que tiene la gente respecto á la democracia. Parece que sea la lucha perpétua, el desquite de las clases que frecuentemente no han sido desgraciadas, y en todo caso, los individuos que las representan no son hoy desgraciados.

Hé ahí el falso fundamento de los odios y los celos de la hora presente. No nos dejemos engañar con vanas declamaciones. Profundicemos las cosas. No estamos en el mundo para hacernos daño unos á otros. ¿Quién nos impide querernos, unirnos y resolver juntos la cuestion social?

Entonces se comprenderá que la democracia no es el odio, la envidia y los celos, sino que es la expresion moderna de una antigua verdad muy cristiana. En otros tiempos se llamaba caridad, y hoy se llama fraternidad, solidaridad y amor recíproco. »

Así terminó M. Laboulaye su brillante discurso, muy aplaudido en la reunion, y reproducido en la prensa con los merecidos encomios.

Pasemos á los teatros.

La semana última se ha estrenado en el teatro del Gimnasio una piececita en un acto, titulada: *las Campanas de la tarde*, y escrita por los señores Alberto y Emilio

Clerc, que ha alcanzado desde la primera noche una boga extraordinaria.

Su argumento, á decir verdad, es un tanto escabroso; pero ya sabemos que el teatro francés de nuestros dias se distingue por otros méritos que los de la moralidad que encierran sus producciones.

En esta se trata de una aventura vulgar, de un honrado parisiense dotado de todas las virtudes que dan la paz en el matrimonio, hasta que por un acaso cualquiera, fracasan tantas buenas prendas con el encuentro de una modistilla mas atenta á los galanteos que al trabajo de su tienda de modas.

M. Moulinard, que así se llama el héroe de la comedia, finge cada semana un viaje á Fontainebleau con un amigo que solo existe en su imaginacion y á quien ha dado el nombre de Godard, y así disimula sus visitas á Camila.

Como M. Moulinard es hombre de negocios (¿quién no tiene negocios en Paris?) le es fácil engañar con tal pretexto á su cara mitad que durante tantos años no ha tenido de su esposo la menor queja.

Sin embargo, aquellas expediciones tan repetidas acababan por infundir sospechas á la esposa, quien picada además de la curiosidad, se empeña en acompañar un día á su marido para conocer al buen Godard que jamás se ha presentado en su casa.

Terrible apuro. El buen Moulinard busca pretextos, pero no hay remedio, el empeño es formal y tiene por fin que consentir, prometiéndose que mientras llega la hora de la marcha, podrá ocurrírsele alguna idea luminosa que le saque á buen puerto.

Efectivamente, su salvador se presenta en su casa en la persona de un antiguo amigo de la familia, que viene á tomar parte en la accion pidiendo la mano de la hija de los esposos Moulinard para un sobrino suyo.

Los jóvenes se convienen y la cuestion de intereses no hace surgir ningun obstáculo.

Moulinard consiente en la boda; y á toda prisa, pues se dice á sí mismo, que ya que por su parte accede á los deseos de su antiguo amigo el farmacéutico M. Chaminet, así este buen señor podrá tambien pagarle con el servicio que de él exige.

Este no es otro que el de hacerle que le procure un Godard postizo que pueda recibir su visita.

Enterado del caso, el farmacéutico se presta á la combinacion, mediante una pequeña suma de ciento cincuenta francos para el que debe representar el personaje ficticio.

Ya respira el buen Moulinard, tiene en su mano el expediente.

Con efecto, en cuanto M. Chaminet se despide de él muy satisfecho por el buen éxito de su solicitud en favor del sobrino, Moulinard llama á su esposa y la dice:

— Ya es inútil el viaje á Fontainebleau, no tendrás que cansarte.

— ¿Cómo es eso?

— Muy sencillito; acabo de recibir aviso de mi amigo Godard diciéndome que tiene precision de venir á Paris y por lo tanto le veremos.

Gran noticia para la mujer celosa: el hombre cuya existencia habia puesto en duda existe real y verdaderamente: no podia M. Moulinard anunciar una visita mas agradable.

Aquí hay una bonita escena, altamente cómica.

La señora de Moulinard está sola y se presenta en su casa un desconocido.

— ¡Es Godard! exclama con alegría, que entre.

Y aparece un joven á quien toma por Godard y á quien prodiga mil atenciones.

Ahora bien, el visitante es el sobrino de M. Chaminet y la situacion es divertida en extremo.

Mas hé aquí que entre tanto acude el Godard improvisado por ciento cincuenta francos y Moulinard se encuentra en el apuro mas grotesco.

El diálogo de los personajes en esta escena de la comedia no es susceptible de análisis; lo único que podemos decir es que el pobre Moulinard no sabe qué inventar para salir triunfante de tan escabrosa aventura.

El desenlace es el casamiento de los jóvenes y el perdón de la bondadosa señora de Moulinard que tiene la grandeza de alma de considerar á su marido como un hombre virtuoso.

No olvidemos explicar por qué esta alegre pieza lleva el título de *las Campanas de la tarde*.

La señora de Moulinard ha compuesto con el mismo título una de esas romanzas sentimentales que hacen las delicias de los salones parisienses, y la boga de la tal cancion llega hasta el punto de que no hay personaje de la comedia que no la cante, con oportunidad ó sin ella, sobre todo sin oportunidad, que es cuando verdaderamente cae en gracia.

Los excelentes artistas del Gimnasio dan á la ejecucion un relieve extraordinario.

Los periódicos musicales anuncian como una novedad importante que en el teatro de la Grande Opera se va á poner en escena la *Juive*, de M. Halevy, para alternar con *Roberto el diablo*, *Fausto* y el *Profeta*. Bienaventurado

## Estudios históricos.

## LA VIDA Y HECHOS DE ATILA.

El nombre de Atila se halla en la memoria del géneso humano al lado de los nombres de Alejandro y de César: estos debieron su gloria á la admiración, y aquel al miedo; ya sea admiración ó miedo, y sea cual fuese el sentimiento que la inmortalidad confiere al hombre, podemos estar seguros que ese sentimiento solo tiene por objeto y se dirige al genio. La siniestra gloria de Atila consiste mucho mas en el mal que ha hecho que en el que podía hacer, cosa que aterró al mundo.

La historia cuenta en el catálogo, desgraciadamente muy numeroso de devastadores, hombres que han destruido mas que Atila, y sobre los que pesa una maldición eterna como sobre él. Alarico dió el golpe mortal á la antigua civilización, rompiendo el prestigio de inviolabilidad que cubría á Roma ya hacia setecientos años; Genserico tuvo un privilegio único entre esos privilegiados de ruina, es decir, el de saquear á Roma y á Cartago, y Radageso, la criatura mas feroz que ha puesto y clasificado la historia entre los hombres, habia jurado degollar dos millones de romanos al pié de los ídolos.

Atila, que fué batido en Orleans y en Chalons, que perdonó á Roma á la súplica de un clérigo que pereció á manos de una mujer, dejó en la sociedad un nombre popular sinónimo de destrucción. Esa contradicción aparente se presenta inmediatamente al entendimiento cuando se estudia la vida de ese terrible personaje. Y en efecto, luego se ve que el Atila de la historia no es enteramente el de la tradición, que necesitan completarse, ó cuando menos explicarse uno por otro, y aun así hay que distinguir dos orígenes de tradición diferentes, es decir, la tradición romana y la germánica, que no se parecen en nada ó en muy poca cosa.

En el estudio que emprendo aquí tendré cuenta de los documentos tradicionales en cuanto me sea posible; pero tomando por guía á la historia, sobre todo en las relaciones contemporáneas. La vida de Atila, cortada por un golpe impensado en el momento fijado tal vez para cumplir sus vastos proyectos, no es mas que un drama interrumpido del que desaparece el héroe, dejando el cuidado del desenlace á los personajes secundarios.

Ese desenlace es el desmembramiento de una mitad de la Europa por los hijos, los generales, los vasallos y los secretarios de Atila que se hicieron emperadores ó reyes. Por la obra de las comparsas se puede medir la grandeza de los héroes, y así fué como los juzgó el mundo; pero para comprender la historia de Atila, es preciso exponer primeramente lo que eran los hunos y los godos, esos dos pueblos enemigos cuyas luchas no principian en el mundo bárbaro en las orillas del Don y del Dnieper, sino para continuar en el mundo romano.

## I.

## LLEGADA DE LOS HUNOS A EUROPA. — HUIDA DE LOS VISIGODOS.

Cuando se echa una mirada á un mapa topográfico de Europa, se ve que la mitad setentrional de este continente está ocupada por una llanura que se presenta del Océano y del mar Báltico al mar Negro, y de allí á los desiertos polares. La cadena de los montes Urales por la parte del Este, al paso que las de los montes Carpatas y Hercinianos por la parte del Mediodía ponen término á esa inmensa llanura abierta á todas las invasiones: ese es el vasto camino de las naciones entre el Asia y la Europa.

El Rhin y el Danubio, poco distantes uno de otro en su nacimiento, y opuestos en su embocadura, bañan el pié de esas dos últimas cadenas y cierran el Mediodía de la Europa con una línea de defensa natural, que se puede completar fácilmente por medio de obras de la mano del hombre. Esos dos caudalosos ríos, unidos, por decirlo así, ó cuando menos, puestos en comunicación por medio de una muralla, y guarnecidos de campos atrincherados y fortalezas formaban en el siglo IV el límite que separaba los dos mundos que se hacían una guerra encarnizada.

Al lado de acá se hallaba la masa de poblaciones romanas, es decir, civilizadas, puesto que Roma habia tenido el insigne honor de confundir su nombre con el de la civilización; y al otro lado, en esas llanuras sin fin, vivían diseminadas las masas de poblaciones no romanas.

Las innumerables tribus que componían el mundo bárbaro podían agruparse en tres grandes razas ó familias de pueblos que aun habitan los mismos países. Primeramente, principiando por la parte meridional se hallaba la familia de los pueblos germanos ó teutones, luego se presentaba la de los pueblos eslavos, y en fin, la tercera al Norte, y sobre todo al nordeste,

se hallaba la de los pueblos llamados por los germanos *Fenn* ó *Finn* (finés); pero que ellos mismos no se conocen con otro nombre que el de *Suomi*, los hombres del país.

Los dominios de esas tres familias no tardaron en mezclarse mas á consecuencia de las emigraciones y de las guerras de conquista. El germano ocupaba en el siglo IV, además de la Península escandinava y la parte del continente inmediata al Océano y al Rhin, ocupaba, digo, la orilla izquierda del Danubio en toda su longitud, y además, las llanuras del mar Negro hasta el Tanari ó Don, encerrando al eslavo despojado de la mitad de su patrimonio.

La nación de los fineses, que se hallaban con mucho espacio hácia el Oeste y Norte, pero numerosas y compactas al Este, al rededor del Volga y de los montes Urales, ejercían sobre el germano y el eslavo una presión cuyo peso se hacia sentir ya en el imperio romano. Un cuerpo gracioso, una tez blanca, cabellos castaños, y unos rasgos en la fisonomía bastante rectos y regulares denotaban en el eslavo y en el germano un parentesco de origen con las razas del Mediodía de Europa, y sus idiomas no obstante formar lenguas separadas, solían al parecer y tenían muchísima conexión con los idiomas indo-europeos.

Todo lo contrario se observaba con el finés, pues este era doble y pequeño, nariz chata, color de cobre, megillas salientes y ojos oblicuos, llevaba en sí el tipo de las razas del Asia setentrional. En cuanto al estado social, el germano, mezclado durante cuatro siglos á los sucesos de la *Romania*, ó del mundo romano, entraba en un período de semi-civilización, y parecia destinado á desempeñar mas tarde el papel de civilizador con respecto á las otras dos razas bárbaras. El eslavo sin un apego y lazo nacional y avasallado por jefes extranjeros, llevaba una existencia abyecta y miserable, de modo que el día en que debía presentarse á la Europa estaba lejos aun, mientras que el finés, hallándose en contacto con los nomades feroces del Asia, comprometido en sus guerras y sometidos á su acción, se impregnaba, por decirlo así, en una barbarie entre la cual debia borrarse toda barbarie europea.

Con solo leer algunas palabras de Tácito, se conoce al momento la existencia de estas últimas naciones finesas en el Norte de la Europa, anteriormente al siglo IV, en donde vivían en un estado casi salvaje, batiéndose continua y encarnizadamente con los pueblos escandinavos. Su nombre desaparecía hácia el Este bajo las denominaciones de Confederaciones y Ligas formadas al rededor del Ural, obrando tan pronto en el Asia, y tan pronto en Europa; pero con mas frecuencia en la primera.

La Confederación mas célebre de todas esas parece haber sido la de los *Khounn*, *Hounz* ó hunos que cubria, por decirlo así, en ese tiempo, la cadena del Ural y el valle del Volga. Esa Confederación existía ya en el segundo siglo de nuestra era, puesto que un geógrafo de esa época, es decir, Tolomeo, nos señala la aparición de una tribu de hunos entre los eslavos del Dnieper, al paso que otro geógrafo nos presenta varias hordas de hunos acampadas entre el mar Caspio y el Cáucaso, desde cuyos puntos hacían incursiones en Persia y hasta en el Asia Menor; de modo que se cree hallar ese nombre terrible inscrito en el catálogo de los pueblos vencidos por el gran rey.

Bástenos decir que la Confederación de los hunos se extendía en el siglo IV en toda la longitud del Ural y del mar Caspio, como si fuese una muralla entre el Asia y la Europa, apoyando uno de los extremos en los montes Medos, yendo el otro á perderse en las regiones desiertas del polo atravesando la Siberia.

Fáltanos saber si esa dominación diseminada y extendida sobre tan vasto espacio, y que lanzó sobre la Europa tantas falanges de conquistadores hasta la llegada de los mongolos, fáltanos saber, digo, si no contenía mas que tribus de raza finés.

Las conquistas de Tchinghiz-Khan y de Timour, al mostrarnos el secreto de la dominación rápida y pasajera del Asia central, responderían en caso de necesidad á esa cuestion; pero la historia nos dice mucho mas, pues nos enseña que los hunos se dividían en dos grandes ramas, de las que la oriental llevaba el nombre de *hunos blancos*, en oposición á la occidental ó ural, cuyas tribus nos han sido representadas como mulatas, ó mas bien *negras*.

Esas dos ramas de la misma confederación no tenían entre sí, en los siglos IV y V, una union verdadera, como nos lo demostrarán los sucesos. Sin aventurarnos en esta cuestion ni en el laberinto de suposiciones en que se ha perdido mas de una vez la erudición moderna, diremos que la dominación de los hunos, segun lo mas probable, comprendía en su seno los pueblos que aun presenta el país que ocupaba, es decir, turcos al Oriente, fineses al Occidente, y siguiendo una hipótesis muy probable, una tribu dominante de raza mongola, que ofrecía y presentaba el carácter físico asiático mucho mas marcado que el finés; y en efecto, la historia nos pinta á Atila con la exageración del tipo calmuk, como igualmente el de una parte de la nación de los hunos.

En esa situación, es sabido que los hunos vivían de la caza, del robo y del producto de sus rebaños. El huno blanco desvalijaba los convoyes de mercaderes que traficaban con la India; el huno negro, cazaba la marta, el zorro y el oso en la Siberia, y hacia el comercio de pieles en unos grandes mercados ó tiendas de madera cerca del Jaik ó del Volga; pero los trafi-

cantes apenas si se atrevían á atravesar esos distritos habitados por salvajes sumamente feos.

La Europa, que no conocía semejantes fisonomías entre sus hijos, los vió llegar con terror y con sorpresa. Dejaremos hablar á un testigo de su primera aparición en las orillas del Danubio. Este testigo es el historiador Amiano Marcelino, soldado exacto y curioso que escribía en su tienda de campaña con mucho gusto y precision.

« Los hunos, dice, forman la nacion mas bárbara y mas salvaje que se puede imaginar. Esos hombres llenan de surcos, por decirlo así, la cara de sus hijos, á fin de que las cicatrices no dejen crecer la barba, de modo que conservan hasta su vejez una cara lisa como los enanos.

Su cuerpo rechonchudo, sus miembros superiores enormes y una cabeza excesivamente grande les da una apariencia monstruosa, pues se parecen á unos animales con dos patas, á algunas de esas figuras ó especie de camaleones que se suelen poner en los parapetos de los puentes y otros edificios.

En realidad no son otra cosa mas que unos seres que viven como los animales del bosque, con solo la diferencia que tienen una forma humana; no guisan ni condimentan de manera alguna lo que comen; viven de raíces y plantas silvestres, y un poco de carne ablandada entre sus muslos ó bajo ó sobre el lomo de los caballos. Nunca han manejado el arado, no habitan ni casas ni cabañas, pues toda especie de recinto ó pared les parece un sepulcro, y se creerían perdidos bajo un techo.

Siempre errantes por los montes y despoblados, cambian continuamente de domicilio, si así se puede llamar, ó mas bien no teniendo nada que se parezca á esto, se acostumbran desde la mas tierna infancia á toda clase de trabajos y fatigas, al hambre y á la sed. Sus rebaños le siguen en sus continuas excursiones, llevando los carros con sus familias, y allí es donde las mujeres cosen los vestidos de los hombres, allí donde ven á sus maridos, allí donde paren y en donde los crian hasta la pubertad. Si se pregunta á esos hombres de dónde vienen, á dónde van ó dónde han nacido, no sabrán decirlo. Su vestido consiste en una túnica de lino y una especie de casaca de pieles de raton cosidas unas á otras.

La túnica es de color oscuro, y las pudre el cuerpo, pues nunca la mudan hasta que desaparece á pedazos. Su equipaje ó vestido se completa con un casco y unas pieles de cabra rodeadas al cuerpo. Su calzado, cortado sin forma ni medida, les incomoda hasta el punto de impedirles caminar, de modo que no son nada buenos para batirse como soldados de infantería, al paso que parecen estar clavados á sus caballos que son pequeños y feos, pero que nunca se cansan y corren como un rayo.

Esos hombres pasan su vida á caballo, pues en esa posición tienen sus asambleas, compran y venden, comen y beben, y tambien duermen tranquilamente. En los combates se precipitan sobre el enemigo sin orden y sin plan alguno, dando gritos espantosos. Si hallan resistencia entonces se dispersan; pero luego vuelven á la carga y atacan con mas impetuosidad. Sin embargo no saben asaltar una plaza ni embestir un campo atrincherado. Combaten de cerca con una espada en una mano y un lazo en la otra para coger al enemigo mientras que este para los golpes. Los hunos son inconstantes, sin fe, veleidosos, y todo lo que hacen es en la furia del momento. Su lengua es oscura y llena de metáforas.

En cuanto á religion no tienen ninguna, ó cuando menos no practican ningun culto: su pasión dominante es la del oro. »

No obstante que los hunos no tenían culto alguno, como dice el autor nombrado, no por eso dejaban de estar entregados á las groseras supersticiones de la magia; pues practicaban y conocían varias maneras de adivinar, maneras que aun han hallado muchos viajeros en el siglo XIII en la corte de los soberanos tártaros, sucesores de Tchinghiz-Khan.

Esas prácticas de adivinación, su fealdad y su ferocidad constituyeron un tipo en esas tribus que aterraba á las otras; pues los godos temían siempre cualquier movimiento de los hunos, y ese temor estaba mezclado con ideas supersticiosas.

El escandinavo y el finés habian estado siempre colocados uno en frente de otro como enemigos naturales. A la extremidad opuesta de Europa en donde se hallaban en contacto las dos razas, el hijo del Finn-Mark era un enano horrendo y maléfico para el de la Escandinavia.

El godo escandinavo, alimentado con esas preocupaciones odiosas, sintió despertarse entre sí, cuando se halló en presencia de tribus de la misma raza en la frontera del Asia, tribus mas feas y mas horribles aun que las que conocía ya, de modo que las injuriaba á cada momento, atribuyéndoles las suposiciones mas diabólicas.

Acabamos de decir que los godos eran oriundos de la Escandinavia, y en efecto solo habitaban la parte oriental de Europa desde fines del siglo II hasta nuestra era. Emigrando de su patria á consecuencia de las guerras civiles que tenían, abandonaron la costa escandinava con los gepidos que les formaban la retaguardia.

(Se continuará.)

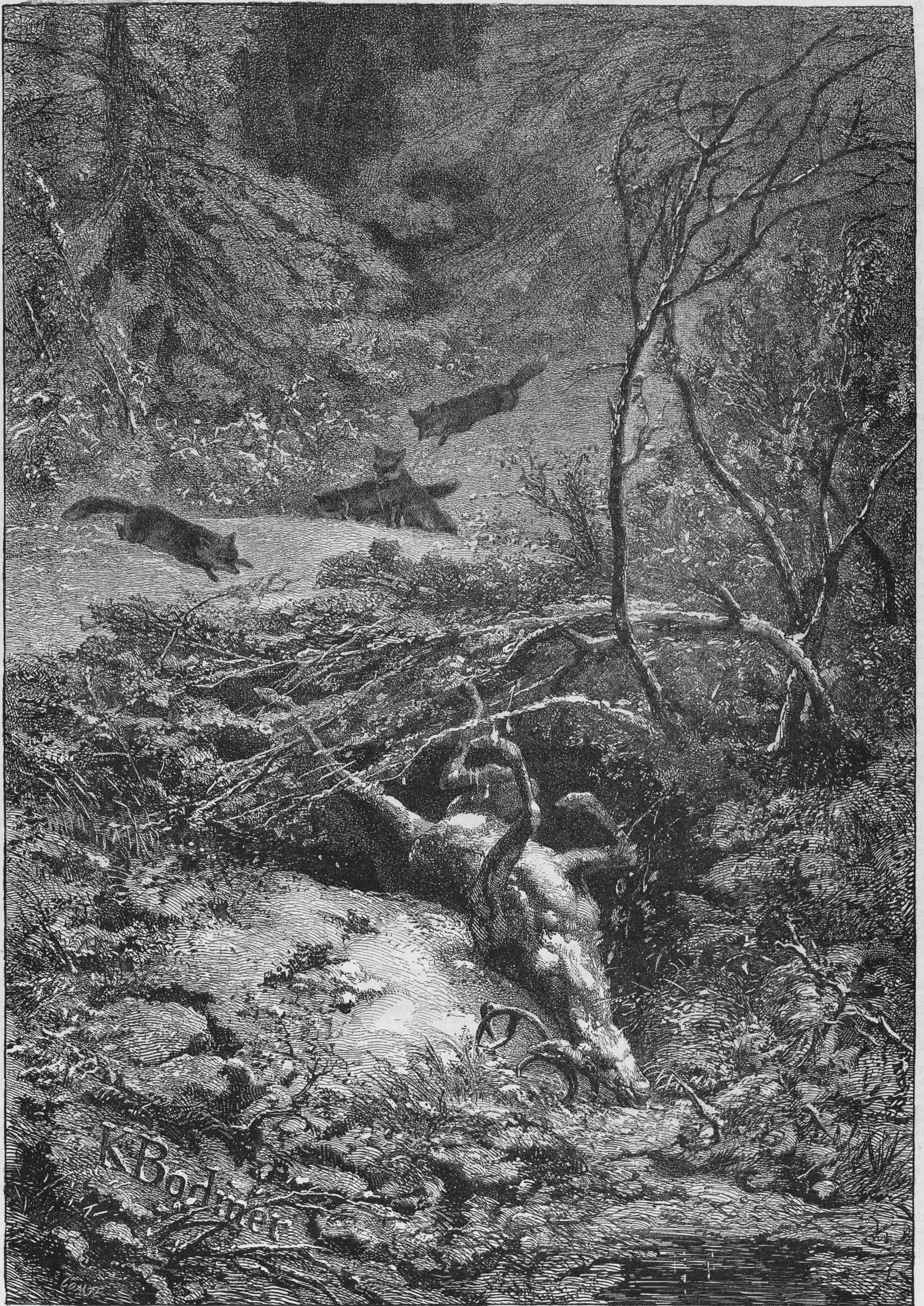
EXPOSICION DE 1872



UNA MADRE.

Cuadro por M. Adolfo Jourdan.





Cuadros de la naturaleza : el *Ciervo muerto*, por Karl Bodmer,

## ¿Qué hará de ello?

NOVELA ESCRITA POR SIR EDWARD LYTTON BULWER.

(Continuacion. — Véase el número 1,015).

Fairthorn entonces se ocultaba entre los matorrales ó en algun escondrijo entre las peñas, de donde Darrell no podía hacerle salir sino á fuerza de elocuencia, en la seguridad de que su compañero no dejaría de vengarse de él dirigiéndole una pulla á la primera ocasion.

Cuando volvian á casa por la noche, los perros estaban cansados y el pobre Fairthorn apenas podía andar; entonces el músico se apoyaba en el brazo nervioso de su amo y Darrell miraba con ternura al único amigo que le quedaba.

Cierta noche, estando sentados ambos ermitaños en la biblioteca, cada uno en su rincón, exclamó de pronto el músico despues de un largo silencio:

— Estaba pensando...

— ¡Pensábais! dijo Darrell con su ironía habitual. Eso me disgusta mucho en vos. Procurad no volver á hacerlo.

FAIRTHORN.

Vuestro pobre padre...

Darrell se estremeció esperando un sarcasmo.

— ¡Y bien! ¿Mi padre?...

FAIRTHORN.

Era un gran anticuario. ¡Cuán feliz hubiera sido si hubiera podido legar á su país una buena coleccion! su nombre se hubiera transmitido de ese modo á la posteridad. Aquí tenemos los mármoles de Elgin. El rector me habló ayer de una nueva galería Vernon; ¿por qué no habia de haber en el museo una sala Darrell que transmitiese vuestro nombre á la posteridad? Allí abajo en esas cámaras que no terminareis jamás, tenemos lo suficiente.

— Mi querido Dick, exclamó Darrell levantándose, dadme la mano. Habeis tenido una idea luminosa. Nada puedo hacer mejor para preservar del olvido el nombre de mi querido padre. ¡Eureka! Teneis razon. Haced que empiecen á trabajar mañana los carpinteros. Haced que levanten las tablas; abrid todas aquellas habitaciones; nosotros lo inspeccionaremos todo, y escogeremos lo que nos parezca mas digno para una «sala Darrell.» ¡Perezca Guy Darrell, el abogado! ¡Pero que viva al menos Felipe Darrell, el anticuario!

Era una cosa maravillosa lo agradablemente que agitó la mente de Darrell aquella idea de Fairthorn. El día siguiente lo pasó en los salones desiertos de aquel edificio sin teminar, que caía lentamente en ruinas al lado de la pequeña y modesta casa.

Se sacudió el polvo de aquellos cuadros, entre los cuales habia magníficos originales de la escuela flamenca y de la escuela italiana, y fueron colgadas en clavos que pusieron con presteza en las desnudas paredes. Delicadas esculturas de marfil, obras maestras de Cellini, estatuas de bronce de Florencia, preciosas pinturas de Rafael y cristales venecianos, en una palabra, multitud de esos objetos preciosos que el coleccionador de curiosidades de la edad media recoge para que sus herederos los esparzan por los palacios de los reyes y los museos de las naciones: volvieron de nuevo á ver la luz del día. Examinar, arreglar, clasificar, escoger para tan patriótico objeto tantos tesoros diversos, fué una tarea de muchas semanas.

Darrell hizo construir un pasadizo que uniera los dos edificios. Aquel pasadizo partía de la habitacion que en su origen habia servido para sus estudios científicos, y terminaba en el mayor de los salones destinado para galería de recepcion del nuevo edificio.

Ya tenia Darrell una ocupacion frívola si se comparaba con los estudios científicos á que habia consagrado en otro tiempo su soledad; pero no sin importancia para el sabio mas austero, si su corazon no ha sofocado la voz del sentimiento, porque aquello no halagaba el gusto de Darrell sino su corazon. Su corazon enlazaba aquellos recuerdos largo tiempo olvidados de una ambicion eludida y abandonada, ya con su patria, ya con la memoria de su padre.

¡Cómo brillaban sus ojos! ¡cómo sonreian sus labios! No nos conocemos los unos á los otros; menos aun conocemos el interior de las personas á quienes estimamos por su pública reputacion. ¡Quién sospecharía los tesoros de sencillez, de cariño, de ternura, concentrados en el corazon de aquel orgulloso solitario!

## II.

Mientras Guy Darrell pasaba así las horas en aquel edificio sin concluir, entre las venerables reliquias de las generaciones pasadas; la juventud y el amor can-

taban su eterno idilio sobre el verde cesped bañado por las ondas del rio.

Allí están la juventud y el amor, Lionel y Sofia, bajo el cenador á cuyo alrededor sus ligeras manos habian entrelazado la madreselva á imitacion de aquella enramada cuya memoria era tan grata para ellos, porque estaba unida al recuerdo del primer momento de placer puro é inefable que habian experimentado juntos.

Sofia está sentada en una actitud modesta; Lionel á sus piés sobre la yerba, como aquel día en que Titenia velaba su sueño. Ha terminado su lectura y el libro cae de sus manos. ¿Qué libro es ese? Es el tomo de poesías oscuras, ininteligibles para cualquiera, excepto para esos jóvenes llenos de ilusiones, cuyas almas son tan incomprensibles.

Yo dudo que el mismo Jorge pudiera hacer justicia á aquellas poesías. En mi opinión no son de tan poca duracion. Un día ú otro, cuando toda esa jerga de que con tanta razon se burla el coronel Morley, deje de estar de moda, cuando no se hable ya de la estética del «objetivo» ni del «subjetivo» algun critico que escriba en inglés pondrá ante los ojos del público ese bello volumen que con todos sus defectos tomará una parte en las aficciones, no solo de una generacion, sino de esa juventud que se renueva sin cesar y sueña siempre. Pero para mi y para el lector, solo una cosa nos interesa de esas poesías: el ser su autor cuñado de ese caprichoso y económico Frank Vance, que á no ser por aquel cuñado, quizás no hubiera cultivado su genio y no hubiera conocido á Lionel; y en ese caso Lionel no hubiera ido jamás á aquel lugar del condado de Surrey, en donde vió el fenómeno; y llevando mas lejos aun esa filosofía volteriana de los *sies*, si Frank Vance no hubiera estado tan íntimamente asociado en la mente de Lionel y de Sofia con aquel delicioso paseo por el hermoso rio, Sofia y Lionel no hubieran pensado acaso en aquellas poesías, y si no hubieran pensado tanto en aquellas poesías, no hubiera habido entre los dos ese lazo poético sin el cual el amor de dos jóvenes es un sentimiento muy interesante en verdad, pero demasiado vulgar para merecer una mencion especial en una obra tan extraordinariamente larga como esta parece. De modo, que Frank Vance no es un personaje superfluo y episódico entre los caracteres de esta historia; representa en ella un papel esencial aunque indirecto; en una palabra, sin él hubiera dado el autor muchas veces una respuesta muy diferente á la cuestion ¿qué hará de ello?

Pero volvamos á Lionel y á Sofia. Aquel volumen de poesías ha aproximado mas sus corazones. Cuando se ha caído el libro de las manos de Lionel, Sofia ha apartado de él sus ojos sabiendo que los de su amigo, están fijos en ella.

Ambos guardan silencio, pero aquel silencio tiene tanto encanto. No se han dicho aun una palabra de amor; pero cada uno de ellos sabe que ama y es amado.

¡Cómo conserva aun Sofia su gracia infantil! Sin embargo, sus dulces ojos azules tienen una expresion pensativa de que antes carecian, y sus labios no sonrien tan á menudo como antes.

En aquella suntuosa morada, donde la gran señora la ha rodeado de las mas tiernas atenciones, donde se ha realizado la novela de su vida, y mira á Lionel á su lado, suspira por el viejo vagabundo á quien dá el nombre de abuelo. Por eso no se oye su alegre risa.

— ¡Ah! dijo Lionel rompiendo aquella larga pausa. No separeis así vuestras miradas de las mías, que me vais á hacer creer que hay lágrimas en vuestros ojos.

Sofia suspiró al escuchar aquellas palabras; pero sus ojos continuaron apartados de los de Lionel.

Lionel se levantó y pasando al otro lado de la joven exclamó:

— ¡Qué veo! ¡Vos llorais, y quereis ocultarme vuestras lágrimas! ¡Ingrata!

Sofia fijó en él sus ojos que expresaban un afecto tan ingenuo como profundo, y respondió con una dulce emocion:

— ¡Ingrata! Si yo estuviera alegre en este momento, si fuera dichosa, seria un monstruo de ingratitud.

Y como si se reconviniera por no estar suficientemente triste, mientras su joven amigo intentaba consolarla, se levantó á su vez, salió del cenador y miró con ansiedad á la otra orilla del rio. Esperaba á Jorge Morley que acaso llevaría noticias del ausente.

Y ahora, mientras Lionel que se ha acercado á ella, despliega toda su elocuencia en calmar su ansiedad y animar sus esperanzas, en ese periodo divino del amor en que la lengua no osa repetir lo que dicen los ojos, ya bajo los rayos del sol, entre las flores que empiezan á secarse, ya bajo los melancólicos sauces cuyas hojas son las últimas que caen, expliquemos por qué circunstancias llegó á ser Sofia la pupila de la gran señora, y cómo Waife volvió á emprender de nuevo su vida errante.

## III.

El lector sabe ya cómo por un impulso de su corazon de mujer y de su compasion, Arabela Crane, que tanto habia perseguido en otro tiempo á Waife y á Sofia, llegó á ser el ángel tutelar de su destino. Aquel cambio databa de la noche en que fué á buscar el refugio del vagabundo para prevenirle los designios de Jasper.

Hemos visto por qué estratagemas habia hecho creer á este último que Waife y su nieta se habian embarcado para América, la generosidad con que adelantó el dinero que libraba á Sofia de las reclamaciones del director de la compañía cómica, y las instrucciones que dió á su agente para que proporcionara al vagabundo el asilo donde le vimos la última vez.

En breves palabras enteró á Waife de su inflexible resolucion de asociar para siempre su propio destino al de su miserable hijo, y haciendo abortar sus criminales proyectos de robo, obligarle á que aceptara de ella medios de existencia seguros, con la única condicion de que obrara con honradez.

Waife la creyó, cuando ella le reveló su proyecto, comprendiendo el efecto que debia producir sobre aquel carácter la concentracion de todas sus facultades en aquel pensamiento heroico.

La energia de la pasion que habia impulsado á Arabela á consagrar su existencia á la salvacion de otro, dió á Waife la clave de aquella vehemente y celosa naturaleza; comprendió por qué habia sido tan cruel con la hija de su rival, por qué se habia ido compadeciendo de aquella niña á medida que la odiosa indiferencia del padre desarmaba su propio egoismo; por qué, á medida que la idea de enlazarse exclusivamente con aquel hombre habia llegado á ser la preocupacion dominante de su espíritu, fueron extinguiéndose en ella sus pasiones mas viles; y por último, porque su vivo deseo de venganza contra una niña cedió á sus remordimientos, que muchas veces un buen pensamiento hace volver á oír la voz de la conciencia.

La resolucion tomada por Arabela de arrancar á Jasper de las garras del vicio, la unia por un interés comun con el padre y la hija de aquel desgraciado. ¡Cuán profunda debia ser la gratitud del pobre viejo hacia aquella mujer que no solo le conservaba á su querida Sofia, que salvaba además de un insondable abismo á su culpable hijo!

Así es que cuando Arabela Crane penetró en el lugar donde se ocultaba Waife cerca de aquella antigua torre de Lóndres, monumento teñido de sangre, se estableció entre ellos un interés mútuo, una alianza que no por ser tácita era menos firme.

En los seis primeros meses Arabela escribió con bastante frecuencia á Waife desde el continente, y en sus cartas manifestaba cierta confianza de que Jasper llegara al fin á enmendarse.

Sus cartas fueron despues cada vez menos frecuentes y mas lacónicas, y ya fuera que no quisiera afligir sin necesidad al pobre viejo, ó ya que repugnara á su orgullo confesar que sus esfuerzos habian sido inútiles, nada decia en ellas de la vida relajada que habia vuelto á seguir Jasper. Pero ella debia estar siempre cerca de aquel hombre, la mirada vigilante de Arabela no podia dejar de seguir á Jasper en todas sus acciones.

Entre tanto Sofia fué presentada á Carolina Montfort. Conforme Waife esperaba, aquella señora que vivia aislada en medio del mundo, privada de hijos, concibió el mas vivo interés por aquella hermosa niña que no tenia madre.

Abandonada muy frecuentemente durante muchos meses en aquel vasto edificio, Carolina encontró bien pronto un placer en dirigir sus paseos melancólicos hacia la cabaña del fabricante de banastas.

El hermoso rostro y el amable carácter de Sofia interesaron cada vez mas aquella alma privada de expansion que atesoraba tanta ternura. Lady Montfort experimentó el mismo deseo de Waife de mejorar por medio de la educacion una naturaleza tan exquisita; su intimidad con Sofia fué aumentando gradualmente, hasta que por último la niña se dejó atraer al castillo, y durante las horas que Waife consagraba á sus excursiones (porque aun en aquel tiempo, teniendo una industria regular, no podia triunfar de sus inclinaciones, y construía sus obras de mimbres recorriendo los campos y los bosques) en aquellas horas escuchaba con docilidad y placer las lecciones de lady Montfort en aquel gabinete tan sencillamente amueblado del suntuoso palacio.

Lady Montfort no tenia nada de curiosa; profundamente indiferente á la chismografía de los salones, no experimentaba el menor deseo de conocer los secretos de las cabañas. Como conocia poco el gran mundo, como apenas conocia esas clases inferiores de la sociedad á las cuales solo se habia acercado para hacer obras de caridad, no despertó en ella sospechas el contraste entre la profesion de Waife y su manera de producirse.

Para ella era un buen hombre de una familia decente de la clase media que habria recibido alguna educacion, pero que no habiendo seguido una carrera y careciendo de conocimientos prácticos, habria contraído aquellas raras inclinaciones y aquella aficion á la vida de vagabundo.

En el trascurso de la vida habria adquirido una experiencia inofensiva; pero careciendo acaso de esa prudencia necesaria para vivir en este mundo, se encontraba sin bienes de fortuna. Contento en su oscuro retiro con su humilde oficio, era natural que le repugnase referir á otros la penosa historia de su desgracia.

Tal vez tendria parientes en otra esfera mas elevada á quienes podría avergonzar con aquella relacion; tal vez tendria gran parte en aquel silencio un orgullo lleno de dignidad que le hacia rechazar una limosna.

Y aun en la suposicion de que existieran contra él ciertas apariencias que sus amigos no pudieran expli-

car, y que le condenaran ¿no se han visto en el mundo muchas víctimas injustamente perseguidas? ¿Quién podía oír hablar á Waife, contemplar aquella franca sonrisa, sin convencerse de su inocencia?

Así razonaba Carolina Montfort. Naturalmente sobresalía en ella ese sentimiento que domina el corazón de la mujer: la compasión. Si el destino la hubiera hecho nacer en circunstancias á propósito para desarrollar en toda su extensión las fuerzas de su alma, su verdadero papel en el mundo hubiera sido el de consoladora. ¿Qué hija hubiera consolado mejor que ella á un padre en sus disgustos? ¿Qué esposa hubiera podido mejor que ella participar de los trabajos, animar las esperanzas, excitar la ternura de un hombre de genio? ¿Qué madre hubiera podido velar con mas solicitud á un niño enfermo? Podría decirse que era necesario á su vida tener algun ser á quien consolar y proteger. Bastaba hablarle de la posibilidad de ser útil á los desgraciados y de recibir sus bendiciones, para que su imaginación se exaltara al punto con aquella idea; su prudencia la abandonaba, no veía los obstáculos, no pensaba en un mal resultado. La caridad no residía sola en ella, sino con sus dos hermanas, la esperanza y la fe.

Los años se deslizaron felices para el viejo y la hermosa niña hasta el día en que lord Montfort falleció repentinamente, y su viuda debía cambiar á Montfort Court (que pasaba al nuevo heredero) por la casa de Twickenham, que le había sido asignada por su marido.

En aquel tiempo había cobrado tanto cariño á Sofia, y Sofia le profesaba una gratitud tan afectuosa, que le propuso á Waife llevársela consigo para terminar su educación y asegurar su porvenir. Aquel había sido el sueño dorado del pobre viejo; pero no contaba con su realización hasta despues de su muerte.

Sus megillas se cubrieron de palidez y empezó á balbucear cuando Carolina le presentó por la primera vez la proposición que debía separarle de su nieta; pero antes de que lady Montfort pudiera notar la pena que le causaba, aceptó aquella generosa oferta con vivas protestas de alegría y de gratitud. Pero Sofia... ¿Consentir Sofia en alejarse de su abuelo, dejarle á su edad solo en aquella cabaña solitaria! ¿Poco debían conocerla para creer que con un corazón tan amante y un carácter tan firme fuera capaz de semejante egoísmo! Waife insistió, Waife se enfadó, Waife hizo uso de su autoridad, Waife suplicó, Waife empleó su elocuencia: Todo fué inútil. Empleando su argumento mas concluyente, Sofia fué á buscar á lady Montfort y la dijo:

— ¡Abandonarle! eso sería destrozar mi corazón. No me pidais eso nunca.

Lady Montfort dió un beso á Sofia como besa una madre á su hijo cuando da á conocer por algun rasgo admirable la nobleza de su alma, y dijo con sencillez:

— No le abandonareis; él vendrá con nosotros.

Carolina ofreció á Waife habitación en su casa. Tenía el pensamiento de formar una biblioteca; él sería su bibliotecario.

El anciano se estremeció y rehusó, rehusó con firmeza. Había hecho voto de no aceptar ninguna invitación. Finalmente Waife se convino á ir á habitar en los alrededores de Twickenham donde alquilaría una cabaña, ejercería allí su oficio, y Sofia viviría con él; pero iría todos los días á casa de lady Montfort como antes.

Tal fué la resolución que adoptaron. Waife consintió en ocupar una casa en las dependencias de la posesión de lady Montfort con la condición de que había de pagar su alquiler. Jorge Morley reclamó el privilegio de preparar aquella casa de su antiguo maestro; la dejó con su apariencia rústica en el exterior, y amuebló el interior con todas las comodidades necesarias, conforme á las inclinaciones y al gusto de Waife.

El cuarto de Sofia, desde cuya ventana se dominaba el río, fué revestido de un lindísimo papel lleno todo de flores y mariposas. Waife tuvo que vencer todos sus escrúpulos y aceptar aquella muestra de gratitud del hombre que debía á sus hábiles lecciones su carrera y su fortuna. Verdad que ya había permitido á Jorge que ayudase, aunque con una pequeña cantidad, sus esfuerzos para pagar á Mrs. Crane las cien libras que le había adelantado. En los años que había consagrado á un oficio que su habilidad hizo lucrativo, reunió algun dinero para poder pagar aquella deuda con ayuda de su discípulo.

El fabricante de banastas tenía una satisfacción al pensar que por medio de su industria había podido restituir aquella suma que había librado á su nieta del execrable Ruge.

(Se continuará.)

### Don Eugenio de Ochoa.

No hemos esperado hasta hoy para pagar á don Eugenio de Ochoa, nuestro antiguo amigo y colaborador en la *Porle Literaria del Correo de Ultramar*, el postrer tributo debido á su memoria. Nuestro corres-

pensal de Madrid habló á su tiempo del fallecimiento del malogrado escritor que reunía tantos títulos á la admiración y al afecto de cuantos habían tenido ocasión de apreciar su claro entendimiento y excelentes prendas; pero como quiera que en este número publicamos su retrato, hacemos nuestro el estudio mas detenido y completo que han dado á luz los diarios de Madrid acerca del hombre eminente cuya pérdida habrá sido igualmente sentida en España y en América, donde sus obras todas han gozado y gozarán siempre el prestigio inherente á las producciones del talento. El artículo que reproducimos integro á continuación es del periódico *la Epoca*, correspondiente al viernes 1º de marzo de 1872.

Dice así:

Hoy hace un mes justo que se efectuó la boda de un escritor dramático con la hermana de una ilustre dama de la sociedad madrileña. La ceremonia se verificaba en casa de los marqueses de Santiago, y asistían á ella, además de la familia, media docena de literatos y artistas á quienes el novio llamaba cariñosamente *su parentela literaria*.

Entre esta media docena de hombres de letras reunidos allí en celebración del fausto suceso, descollaba la venerable figura de un eminente literato y académico de la lengua á quien todos hablábamos con el respeto que nos inspiran siempre la honradez y el talento, recibiendo en cambio un saludo cariñoso, una frase galante, una broma siempre oportuna.

Don Eugenio de Ochoa, que así se llamaba este hombre eminente, figuraba allí en primer término por la estrecha amistad que le ligaba con la familia en cuya casa se celebraban los esponsales, y por el cariño verdaderamente paternal que profesaba á los novios. Tratabanle con singular preferencia los dueños de la casa, y no era menor la predilección que toda la concurrencia le dispensaba, como si reconociera en él una superioridad indudable. Él fué quien pronunció las primeras palabras de enhorabuena, él quien ocupó uno de los testeros de la mesa al celebrarse el banquete nupcial, y el primer brindis de todos fué el suyo, mas extenso, mas cariñoso y mas sincero que ninguno.

¿Quién había de decirnos hace un mes, al aplaudir su *toast*, tan espontáneo como cariñoso, que en el breve espacio de veinte y ocho días habíamos de verle postrado en cama, sufrir con rapidez horrible todos los dolores físicos y morales precursores de la muerte, y acompañarle ayer á la última morada donde han quedado depositados sus venerables restos!

Tal es la misteriosa ley de la vida humana. Aquellas mismas personas en cuya casa celebraba el finado placeres y dichas ajenas de que disfrutaba como cosa propia, presidían ayer el duelo en la iglesia de San Sebastian y formaban en primera fila en el fúnebre cortejo.

Difícilmente habrá persona mas estimada ni muerte mas sentida. Don Eugenio de Ochoa era, como suele decirse en Castilla, una de esas personas que tienen *ángel* y poseen el don inapreciable de hacerse estimar de todo el que por primera vez les trata.

Su nombre es harto conocido en España y en el extranjero. Guipuzcoano, natural de la villa de Lezo, vió la primera luz el 19 de abril de 1815. Hizo sus primeros estudios en el colegio de San Mateo, bajo la dirección de Hermosilla y de Lista, aquellos dos hombres eminentes que tan notables discípulos sacaron y cuyas obras se conservan hoy como monumento sagrado en todas las bibliotecas de los amantes de las bellas letras.

No se equivocaba don Alberto Lista al sentir una especial predilección por su joven alumno. Diferentes veces le auguró futuros triunfos; y que estos no se hicieron esperar mucho lo prueba la prontitud con que Ochoa llegó á ocupar los mas elevados puestos á que puede aspirar un hombre de letras.

Por los años de 30 á 32 marchó á Paris, asistiendo como alumno á las cátedras de la Escuela de artes y oficios. Comenzaba entonces en Francia aquella época de romanticismo exagerado que produjo las mejores obras de Victor Hugo y sus inmediatos partidarios. Era tan fácil seguir aquella escuela á toda naturaleza impresionable, que no parecerá extraño el entusiasmo con que la mayor parte de los literatos españoles residentes en Paris á la sazón rindieron culto á la pasión dominante de aquella época exclusivamente literaria. Aquella fué la época que inspiró á tantos españoles ilustres obras que no han muerto aun, ni morirán nunca en la memoria de los amantes de nuestra literatura, y que asentó la base de un renacimiento para las letras españolas.

Cuando Ochoa volvió á España despues de dos años de residencia en la capital de Francia, no tardó en demostrar entre sus compatriotas lo bien que había aprovechado el tiempo en el estudio de la nueva escuela á que se sintió impresionado por temperamento y por instinto. Fundó el *ARTISTA* en colaboración con don Federico Madrazo, honra y prez de nuestros pintores.

La honradez y el talento son patrimonio de todos los Madrazos. ¿Cómo no habían de interesar el corazón de Ochoa las excelentes prendas de la que había de ser su mujer con el tiempo? Su matrimonio con la hermana del ilustre pintor es una clara prueba de que Ochoa amaba lo que hablaba mas directamente á su corazón. Y que su elección fué acertada no puede dudarlo quien sea amigo antiguo de esta familia. Aman-

tísima esposa y excelente madre de familia, la que desde hoy se llama viuda de Ochoa ha compartido su existencia con el eminente literato, sin que la mas ligera nube haya empañado la dicha de su hogar. Tres días quedaban de vida á Ochoa cuando recordaba delante de nosotros á su amadísima compañera la tranquila historia de su felicidad conyugal. Allí, á la cabecera del lecho de muerte, hemos visto constantemente á aquella respetabilísima señora sumida en profundísima pena. Espectáculo verdaderamente consolador en medio de una sociedad donde tanto hay que repugnar en lo concerniente á la vida privada, y que nos ha probado que, si hay muchos nombres ilustres manchados, existen aun, para ejemplo de nuestros hijos, esposas modelos y de virtud inmaculada, que dan brillo imborrable al honrado nombre que recibieron en depósito.

La misma noche en que se verificaba la boda de Ochoa se estrenaba su drama *Incertidumbre y amor*, una de sus primeras obras dramáticas y acaso la que mas éxito obtuvo. En la imposibilidad de acudir á un tiempo á su boda y al estreno, Ochoa comisionó á dos muy queridos amigos suyos para que asistieran y vieran á contarle lo sucedido en el teatro. Eran estos dos amigos, don Ventura de la Vega y don José de Espronceda, y cuando todavía duraba la fiesta con que solemnizaban Ochoas y Madrazos la feliz union, Espronceda y Vega llegaron contentos y satisfechos á dar al novio la feliz noticia de haberse aplaudido extraordinariamente la obra, Julian Romea y Matilde Diez, solteros aun por aquel entonces, habían hecho los principales papeles en el drama, y en aquella misma noche les fué remitida por conducto de aquellos dos inmortales poetas la dedicatoria que Ochoa les hizo entre la algazara y ruido de la fiesta. ¿Cuántas cosas han sucedido desde entonces! exclamaba Ochoa, siempre que tal suceso nos refería. Y en efecto, la mayor parte de las personas que en aquella célebre noche para Ochoa, contribuyeron á su gloria, han desaparecido para siempre.

Ya casado, y con un amor entrañable al trabajo, pudo dedicarse en la dichosa tranquilidad de su casa, á tareas literarias mas importantes de las que hasta entonces le ocuparon.

Uno de sus trabajos mas notables fué la traducción que hizo en verso castellano del *Hernani*, de Victor Hugo. Las simpatías de Ochoa hacia este autor han sido muy grandes hasta los últimos momentos de su vida. Desde el año 34, en que publicó la primera y excelente traducción de *Nuestra Señora de Paris*, hasta hace dos meses en que todavía se recreaba su lectura, Ochoa no cesaba de rendir culto al talento imaginativo de Victor Hugo. Federico Soulié, Jorge Sand, Alejandro Dumas, lo mas notable de la literatura francesa, encontró en él un fiel intérprete durante aquellos primeros años de su matrimonio.

Grande éxito obtuvo por aquella misma época una novela que dió á luz con el título de *el Auto de fe*. Su talento era muy general, y así lograba los aplausos del público en el teatro, como la aprobación pública en la novela.

Larra, el inmortal *Figaro*, que tan pocos amigos tuvo, merced á su carácter incomprensible, desahogó, sin embargo, muchas de sus penas, que si hemos de creer á sus biógrafos no fueron pocas, en el seno de la amistad que á Ochoa le unió durante mucho tiempo. El suicidio de Larra interrumpió aquella serie de folletines de teatros que, coleccionados despues bajo la dirección de Ochoa en Paris, han pasado á ser un monumento literario legado por *Figaro* á la posteridad. Y don Andrés Borrego, el mas antiguo de nuestros periodistas, no encontró mejor sustituto de Larra que don Eugenio de Ochoa, á quien confió las revistas teatrales en el periódico que dirigía.

Asuntos de familia, deseos de mas ancho campo á sus aspiraciones impulsaron á Ochoa á volver á Francia en 1837, y durante los seis años que permaneció en Paris hizo tan grandes servicios á las letras españolas, que bien puede considerarse como el único verdadero propagador de nuestra literatura en el extranjero.

Con infatigable celo y nobilísimo propósito publicó en Paris una infinidad de tomos, en los que fué coleccionando lo mas notable de nuestros autores clásicos y cuanto se ha ido publicando en España por nuestros autores contemporáneos.

Ya en español para que en todas las Américas donde se conserva nuestro idioma pudieran conocer bien nuestra literatura, ya traduciendo al francés lo mas selecto de nuestros autores, Ochoa ha logrado que en un país donde apenas se conocían tantas bellezas como encierran las españolas letras, se hayan adquirido exactas ideas de nuestros poetas mas populares.

Poseía el francés como su propio idioma, y lo escribía con idéntica facilidad, logrando de esta manera expresar en cualesquiera de ambos idiomas lo que solía publicar en las columnas de aquellos periódicos.

Sus relaciones literarias eran casi tantas como sus relaciones particulares, y es harto decir tratándose de una persona á quien ha estrechado la mano todo cuanto encierran de notable las artes y las letras españolas y francesas.

Penetrado el rey Luis Felipe de la erudición y vastos conocimientos literarios de Ochoa, le dió el encargo de hacer un catálogo de los principales manuscritos que existían en las bibliotecas de Paris; encargo que cumplió escrupulosamente, demostrando con la perfección de su trabajo que no se había equivocado

aquel ilustrado monarca al eligirle para tan honrosa y útil tarea.

Dió á luz en París un tomo de poesías que titulaba *Ecos del alma*, sentidos versos en los cuales se adivina el pesar que le consumía desde que un accidente tan imprevisto como doloroso privó de la vida á una de sus hijas. No es posible explicar la pena que este suceso derramó en su alma.

Apenas contaba veinte y nueve años, cuando fué elegido individuo de la Academia española, y esto habla mas en su favor que cuanto nosotros pudiéramos decir en elogio del ilustre finado.

Son tantas las versiones que ha hecho al castellano de obras francesas é inglesas, que nos falta tiempo y espacio para poder dar cuenta de todas.

Las mas importantes que deja perfectamente traducidas á nuestro idioma, son la *Historia de Inglaterra*, de David Jhon, la *Historia de Julio César*, de Napoleon III, varias novelas de Walter Scot, *la Creacion*, de Quinet, *las Formas de gobierno*, de Passi, etc., etc.

Apenas ha habido una publicacion notable en España de que no haya sido colaborador, contribuyendo á su prosperidad con artículos críticos de gran estima por la afluencia de conocimientos en todos ellos revelada.

No podia ser ajeno á nuestras controversias políticas un hombre que figuraba en primera línea por su talento indisputable; y durante largo tiempo fueron necesarios al país sus servicios, que prestó en diferentes puestos administrativos y políticos con grande acierto y satisfaccion de la anterior dinastía, á la que debía grandes y merecidas consideraciones.

Antiguo oficial de la *Gaceta de Madrid*, administrador de la Imprenta nacional, jefe político, oficial de las secretarías de Gobernacion, Gracia y Justicia y Fomento, director general de Instrucción pública, consejero de Estado, diputado á Cortes en varias legislaturas, etc., etc., Ochoa ha figurado durante largo tiempo como persona importantísima y de reconocido mérito.

Amigo leal de altísimas personas á quienes ha servido y estimado sin adulacion ni espíritu de medo, estamos seguros de que en la historia que ha de escribirse algun dia de nuestras pasadas y dramáticas revoluciones, la respetable figura del ilustre académico descollará entre muchas, modelo de nobleza, de desinterés y de consecuencia.

De mucho tiempo á esta parte, Ochoa, ajeno á las luchas políticas de los partidos, y entregado á sus trabajos literarios y al amor de su familia, vivía estimado de todos en aquella alegre casa de la calle de Cedaceros, adonde ha asistido en estos últimos inviernos lo mas distinguido de la sociedad madrileña, admirando la envidiable union de la familia de que era jefe, y el indescriptible cariño de Ochoa hácia todo lo que era familia en derredor suyo.



DON EUGENIO DE OCHOA.

Artista por naturaleza, no perdonaba medio de reunir á su mesa á cuantas notabilidades han visitado la corte de España. En los salones de su casa se han recitado las mejores doloras de Campoamor, los mas entonados versos de Grilo; allí hemos escuchado á la inolvidable Teresa Carreño, y escuchado la siempre amena conversacion de Alejandro Dumas, en su último viaje á España. El té que todas las noches del año servian sus interesantes hijas á una docena de amigos íntimos, era una reunion de mas atractivos que un gran baile, porque allí habia siempre conversacion amena é instructiva, noticias literarias, *esprit* y *bonne compagnie*. La vasta instruccion de aquellas señoritas, admirablemente educadas, y la asiduidad de los tertulianos, habian hecho de aquella casa el punto de reunion de una sociedad escogida, y en el seno de la cual siempre se aprendia algo útil.

Una de las últimas publicaciones de Ochoa ha sido la traduccion en prosa castellana de las obras completas de Virgilio, obra colosal, de inmenso trabajo, y que constituye entre nosotros un verdadero monumento literario. Y si la muerte no hubiera venido á sorprenderle, acaso no hubiese tardado en publicar un libro curiosísimo y de gran trascendencia política y literaria. Era una idea feliz, y en la cual iba envuelto un gran pensamiento filosófico. Habia pensado reunir en uno ó mas volúmenes todas las poesías, himnos y cantos dedicados por los poetas y hombres po-

líticos españoles á Doña María Cristina de Borbon, de la cual bien puede asegurarse que fué la soberana á quien mas celebró la fama y cantaron los poetas. Lástima grande que esta obra no haya visto la luz, pues además de las bellezas literarias que encierra, enseñaría á los pueblos la veleidat de los cortesanos y lo fugaz de las grandezas humanas; nosotros le hemos oido leer en familia el prólogo de esta obra inédita, y no dudamos en asegurar que es el trabajo mas notable que ha brotado de su pluma. Si algun dia esta obra ve la luz pública, tenemos la certeza de que la opinion general vendrá á corroborar la nuestra. D. Eugenio de Ochoa fué un hombre en sus últimos tiempos de quien se pudo decir que vivió sufriendo y sufrió callando, alarmado siempre ante la idea de que su familia, á quien profesaba un cariño entrañable, se afligiese ante la gravedad de las dolencias que le aquejaban. Parece imposible que se pueda sufrir mas en menos tiempo, y sin embargo, durante los últimos dias de su enfermedad ha conservado entera la razon y claro el juicio, siendo su muerte digna de su vida, cristiana como ninguna, y modelo de resignacion santa, verdaderamente rara en la época de descreimiento en que vivimos.

Las infinitas personas que acompañaron el cadáver al cementerio, pudieron observar que fué depositado en la tierra. Era disposicion expresa del finado.

Todavía no se ha borrado de nuestra imaginacion el santo aspecto de aquel cadáver, que al ser descubierto en el pórtico del cementerio atrajo todas las miradas y produjo en la inmensa concurrencia allí reunida un sentimiento general de admiracion y respeto. Se habia cumplido la voluntad de Ochoa. Vestido con el humilde hábito de los franciscanos, envuelta la venerable cabeza, tan artísticamente configurada, en la capucha que solo permitia ver como al descuido las facciones, aquel hombre eminente que por propios merecimientos llegó á tanta altura, despediase modestamente de la vida volviendo á la tierra y arrancando lágrimas de hondo pesar á sus amigos y allegados. Allí estaban nuestros artistas mas notables, la flor de los literatos españoles, todos los que habian merecido su proteccion, su amistad, su cariño. Parecia un sueño tan irreparable desgracia.

Su testamento es un modelo de humildad y de modestia; se ha propuesto en él probar á la posteridad que su mérito era escaso, y sin embargo, muy dichosamente para su memoria, no ha logrado su objeto; pues mientras su nombre viva, y ha de vivir mucho tiempo, la opinion pública que nunca se engaña, y sus obras, que quedan llenas de vida, probarán á las gentes que la muerte de Ochoa ha sido una pérdida sumamente dolorosa é irreparable para las letras españolas: mas irreparable y dolorosa todavía para su honrada viuda y sus apreciables hijos. \*\*\*